

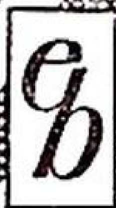
SILVER KANE

¡CONSIGNA: MATAD AL MUERTO!



SS

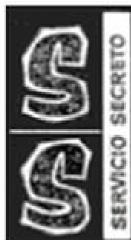
SERVICIO SECRETO



SILVER KANE

CONSIGNA: ¡MATAD AL MUERTO!

Colección **SERVICIO SECRETO nº 988**
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES
CARACAS – MÉXICO – RÍO DE JANEIRO

Depósito legal B 20.795-1969
Impreso en España — Printed in Spain
1.ª edición: julio, 1969

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)
Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1969

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
1.119. — Los estafadores.
En Colección SERVICIO SECRETO:
979. — El demonio en el cerebro.
En Colección SALVAJE TEXAS:
655. — Federal y mujeriego.
En Colección KANSAS:
554. — Muerto de hambre.
En Colección BÚFALO:
820. — Las horas piden venganza.
En Colección ASES DEL OESTE:
502. — Ni más ni menos que un hombre.
En Colección BRAVO OESTE:
425. — Contrato para un pistolero.
En Colección COLORADO:
602. — Seis hombres van a morir.
En Colección CALIFORNIA:
655. — Mi amiga la muerte.
En Colección PUNTO ROJO:
371. — La tercera bruja.
En Colección ENVIADO SECRETO:
86. — Sangre roja en el mar Rojo.

CAPÍTULO PRIMERO

El expreso San Francisco Nueva York aullaba al cortar el viento por las llanuras de Arizona.

Desde que los aviones han hecho tan ruda competencia a los trenes a la hora de atravesar el país de parte a parte, las antiguas y grandes Compañías ferroviarias, como la Unión Pacífic y sus sucesoras, han tenido que modernizarse y estar *a la page.* Por eso hoy los grandes expresos norteamericanos son tan cómodos, tan puntuales y tan económicos, comparados con las tarifas aéreas.

Pocas son las personas, sin embargo, que atraviesan el país de parte a parte empleando un sistema de locomoción relativamente tan lento. La mayor parte de los clientes son viajantes de comercio que se detienen en las ciudades de la ruta, funcionarios que viajan con billete reducido y parejas de novios que no tienen demasiada prisa, aparte de los que desean conocer el país, como algunos escritores, artistas y vagabundos a los que aún ha quedado dinero para pagarse el billete en clase económica.

El vagón en que viajaba Lane iba casi vacío.

Era curioso que, habiendo tanto espacio, Lane no despegara de aquel tipo gordo, de mandíbulas cuadradas, que mascaba infatigablemente chicle y no se quitaba la mano derecha del bolsillo. Era curioso, también, que Lane no se quitara del bolsillo la mano izquierda.

Goddard lo notó. Al principio creyó que eran dos buenos amigos, de esos que siempre están de acuerdo en todo. Pero más tarde se dio cuenta de que eran más bien dos buenos enemigos.

Porque uno iba esposado al otro.

¿Quién a quién?

Goddard encendió su pipa y los estuvo mirando largo rato.

Desde su asiento los podía ver perfectamente, y además el paisaje era monótono, de modo que no les quitó los ojos de encima.

Y así supo quién era el que vigilaba, y quién era el detenido.

El tipo gordo que mascaba chicle le miró un par de veces agresivamente, como si le preguntara sin palabras: «¿Qué cuerno está contemplando usted?».

En cambio el otro le sonrió, como disculpándose.

No cabía duda. Estaba ante el clásico policía dure, agresivo, y el característico detenido simpático.

Bueno, al menos eso parecía.

Quizá era al revés. Quizá el policía, en el fondo, era un buenazo, y el detenido un asesino de mujeres. Eso suele suceder. Pero a Goddard le pareció, no supo bien por qué, que el individuo al que llevaban en conducción ordinaria no era una mala persona.

Al apagársele su pipa, se acercó a los dos.

Se sentó junto a ellos y ofreció un cigarrillo al poli.

Este le miró con ojos sanguinolentos.

—No fumo, gracias.

—Antes lo ha hecho.

—No fumo con desconocidos.

—Es que no se fía, ¿verdad?

—Ese es asunto mío.

—¿Por qué lleva la mano derecha esposada al detenido, agente, y solo tiene libre la izquierda? ¿Es zurdo?

—Ujú.

Goddard extrajo su carnet de la United Press International, la famosa UPI, una de las agencias informativas más poderosas del mundo. Era un carnet auténtico, llevaba su foto sellada y no cabía duda acerca de su autenticidad. El policía le echó una ojeada recelosa.

—Periodista, ¿eh?

—Ya ha visto que no trato de salvar a su detenido.

—Pero querrá sonsacar algo. Lo siento, amigo, no hay reportaje. Me está prohibido hacer declaraciones.

—¿Sabe por qué lleva a este hombre?

—No.

—Es una estupenda respuesta. Usted no sabe nada, agente. Así no se mete en líos.

El policía pegó un par de feroces dentelladas a su chicle.

—Justo. No me meto en líos.

—¿Cómo se llama su detenido?

—Lane.

—Lane… No recuerdo nada notable con respecto a él. No ha cometido ningún crimen sonado, que yo sepa.

—¿En qué delegación de la UPI trabaja usted?

—En la de San Diego.

—San Diego… ¡Bah! Allí todo son broncas de marineros y de busconas. No es un puesto muy brillante, que digamos.

—No, no lo es.

—¿Y ahora qué hace? ¿Está de vacaciones?

—Me trasladan a Nueva York.

—Vaya… Es un buen salto.

—Sí —dijo Goddard, sin demasiada alegría.

—Tendrá mejor sueldo.

—Seguramente.

—Pues no intente hacer méritos aquí, amigo. Buenos días.

Goddard sonrió y ofreció cigarrillos a Lane.

Este miró al poli.

—¿Puedo...?

—Haz lo que quieras.

Lane se puso el cigarrillo entre los labios y aceptó la lumbre que el periodista le ofrecía.

Le era simpático aquel tipo. Y pensó que a veces enrojecía demasiado. Que debía tener la tensión arterial muy elevada, de al menos 18.

Se había dado cuenta de que venía hacia él impulsado por un simple sentimiento de solidaridad humana, y no porque buscara ninguna noticia.

Por otra parte, él no era tampoco ningún tipo famoso.

Ningún Caryl Chessman, ningún Scciaca, ningún discípulo de Al Capone. Cientos de detenidos son traslada dos de un lugar o otro, a lo largo y a lo ancho de los Estados Unidos. Él era simplemente uno de ellos; uno más.

Goddard miró el paisaje a través de la ancha ventanilla.

Se estaba oscureciendo todo. Los relieves del paisaje se hacían fantasmales. Las luces del vagón se encendieron, y todo adquirió de repente un aire más íntimo, más acogedor, pero al mismo tiempo más siniestro, como si el aire exterior se hubiera poblado de brujas.

Goddard seguía mirando el paisaje.

Lane se fijaba en él. No podía apartar su mirada de aquel individuo.

¿Por qué su tristeza? ¿Por qué su extraño aire de decaimiento, siendo tan joven? ¿Por qué aquel aire de fatalismo con que parecía despedirse del mundo y de la vida?

Era como si adivinase lo que iba a suceder.

Y *aquello* sucedió en la media hora siguiente, de un modo repentino, fantasmal, como suelen suceder en la vida todas las cosas importantes.

Lane murmuró:

—Lo menos vamos a cien millas por hora.

Entonces se oyó aquel crujido espantoso. El mundo pareció invertirse, andar de cabeza. Lo que era suelo se transformó en techo, y viceversa. Las luces se apagaron instantáneamente. Los tres hombres volaron por los aires sin comprender aún lo que había sucedido.

Lane sintió un terrible golpe en la nuca.

Sólo al hecho de ser irrompibles los cristales de las ventanas debió el no salir despedido al exterior, porque fueron de un lado a otro como pedazos de hielo dentro de una coctelera. Oían verdaderos alaridos por todas partes. Las planchas de metal se rasgaban y se abrían como si un gigantesco soplete las estuviera partiendo.

Y de pronto se hizo el silencio, un espantoso silencio que iba y venía como en oleadas, mezclado a conciertos de gritos y chirridos, igual que si la vida y la muerte se mezclaran, igual que si se confundieran el caos y el vacío.

Lane se dio cuenta confusamente de lo que le ocurría.

Había perdido el conocimiento en parte. A intervalos captaba lo que pasaba en el mundo exterior y a intervalos dejaba de captarlo.

Pero pronto sus sentidos fueron recobrando la normalidad, aunque fuera una normalidad precaria.

Lo primero que hizo fue palparse con la mano derecha libre. Se tocó la cabeza y notó que no tenía en ella ninguna herida. También sus miembros respondían cuando hacía con ellos algún movimiento. Al parecer no se había roto ningún hueso.

Entonces trató de precisar algo más. Trató de darse cuenta de dónde estaba exactamente.

Su postura, en apariencia, era absurda.

Estaba en un ángulo del techo, lo cual le indicó que el vagón había volcado completamente, situándose en posición invertida. Un poco de luz exterior penetraba por las ventanas, y eso le permitió darse cuenta de otros detalles que iban a ser de fundamental importancia para él.

Por ejemplo el policía no se movía.

Estaba junto a él, con la boca abierta y con una expresión vidriosa en los ojos que no miraban a ninguna parte.

Lane tiró de él.

—¡Eh, amigo! ¡Eh, anímese de una maldita vez! ¡No ha pasado nada!

Pronto una lucecita se encendió en el fondo de su cerebro.

El policía, al ser zarandeado, osciló de un lado a otro. Su cabeza era exactamente la de un muñeco roto.

Lane se pasó la mano derecha por la boca.

Infiernos... ¡Estaba muerto!

No cabía duda de que el golpe recibido al volcar el vagón le había roto la nuca.

Lane tardó unos segundos en reaccionar. Más tarde se daría cuenta de que sus reflejos no habían sido lo bastante rápidos porque estaba medio aturdido a causa del topetazo. Pero al fin reaccionó y se dio cuenta de que tenía que aprovechar aquella situación que no volvería a repetirse nunca.

Palpó los bolsillos del policía.

Sabía bien dónde guardaba la llave de las esposas, y por eso no tardó en encontrarla. La hizo girar en la cerradura y se sintió libre. Durante algunos instantes se frotó la muñeca, por la que no parecía circular la sangre, hasta que se sintió otra vez dueño de sí mismo.

Retiró también la argolla de la muñeca del muerto, y se guardó las esposas en un bolsillo, con la intención de arrojarlas luego en cualquier lugar oculto.

No convenía que luego, al revisar los cadáveres, se dieran cuenta de que el policía muerto transportaba un detenido, y que ese detenido no aparecía por ninguna parte.

Miró en torno suyo.

Los gritos arreciaban, pero en los otros vagones. A lo lejos se veían brillar las lucecitas de unas lámparas de petróleo, igual que en los tiempos de los primeros ferrocarriles. Alguien se acercaba.

Lane hizo algo más, para que tardaran en identificar al policía.

Le quitó la documentación.

Así se retrasaría todo y los que investigaran el siniestro tardarían más en advertir la existencia de un posible delincuente fugitivo.

Gateó entonces por el vagón.

Buscaba al periodista, a aquel tipo que, según vio en su carnet, se llamaba Goddard.

—Eh... —dijo—. ¡Eh, Goddard!

No tardó en encontrarlo. Estaba de bruces a unas diez yardas de allí, muy quieto.

Lo volvió con cuidado.

—Eh, Goddard! ¡Goddard! ¿Cómo se siente?

El periodista debía estar muy mal porque no pudo ni responderle. Sólo balbuceó algo que a Lane le resultó ininteligible. Sus ojos reflejaban una frenética desesperación, un ansia por decir algo que sus labios no podían pronunciar.

—Goddard! ¿Qué quiere decirme? ¡Hable!

El periodista lo intentó de nuevo.

Era patético su esfuerzo por lograrlo. Trataba de concentrar todas sus fuerzas en una sola palabra.

Pero no podía.

De pronto su cabeza cayó a un lado. Sus ojos se volvieron vidriosos casi instantáneamente. Su boca se torció en un rictus.

Lane lo miró con una mueca de incredulidad.

Tardó en darse cuenta de que estaba muerto.

Como petrificado, como absorto, permaneció largo ato sin mover un dedo.

Aquella nueva situación no penetraba en su cerebro. No acababa de darse cuenta de las posibilidades que ofrecía.

Al fin tomó una decisión. Retiró de los bolsillos del periodista su carnet, sus restantes documentos y su dinero. Y luego se dirigió tambaleándose hacia la salita del vagón.

Nadie le había visto.

Los otros pasajeros habían perdido el sentido. Algunos gemían sin prestar atención a lo que no fuera su propio dolor o su propio miedo.

Lane salió.

Los que se movían en torno a los vagones, con linternas y con rudimentarias lámparas de petróleo aún se hallaban lejos.

El joven corrió hacia la oscuridad. Su alta figura se perdió en las sombras. Estuvo corriendo durante más de una hora, sin cansarse, sin saber

dónde estaba, hasta que la fatiga empezó a vencerle.

Entonces se dejó caer sobre la hierba.

Estaba al pie de un frondoso árbol sobre cuya copa tildaban millones de estrellas.

Respirando fatigosamente, hizo un hueco en tierra, con la mano, y enterró en él las esposas. Luego lo volvió a cubrir y lo alisó todo cuidadosamente.

Nunca encontrarían aquellas esposas. Tardarían mucho en saber que existía un fugitivo.

Después de descansar unos minutos más siguió andando. A media milla de allí enterró la documentación del policía muerto. Luego se inclinó sobre un arroyo a beber agua ansiosamente.

Sentía vértigo.

Pero cuando se puso en pie de nuevo, había tomado algunas decisiones. Unas importantes decisiones que cambiarían su vida, pero que habían empezado por una sinfonía de muerte.

CAPÍTULO II

El *New York Chronicle* ocupa un amplio edificio situado en la parte baja de Manhattan, cerca de donde los financieros hacen sus negocios y de donde las mujeres de los financieros tienen sus cuentas corrientes para dejar «secos» a sus maridos a la menor oportunidad. El edificio es algo vetusto por fuera, ya que fue construido en 1926, fecha que para los arquitectos neoyorquinos resulta algo así como la prehistoria. Pero por dentro está muy bien acondicionado, y los periodistas del *Chronicle* trabajan a gusto, si es que se trabaja a gusto en algún sitio, cosa que usted y yo, amigo lector, dudamos muy de veras.

El hombre que se presentó aquella tarde en la redacción era alto, joven, fuerte e iba bien vestido, pero sin afectación. Daba la sensación de uno de esos hombres que han hecho mucho deporte y que en la vida van a lo práctico, sin preocuparse demasiado por las apariencias.

Como en todas partes, en la redacción del *New York Chronicle* hay un conserje. Y, como en todas partes, el conserje se rascaba la tripa, leía el mismo periódico siete veces, pensaba en la vecinita con la que a veces se encontraba en el ascensor y hacía números para comprarse un nuevo refrigerador a plazos.

Cuando vio acercarse a aquel tipo, pensó que por qué cuerno venía a molestarle ahora, cuando estaba tan cargado de trabajo.

Dejó su crucigrama y murmuró rutinariamente:

—Buenos días. ¿A quién desea ver, señor?

—Al redactor jefe.

—No sé si podrá recibirle ahora. ¿A quién anuncio?

—A Goddard, de la United Press.

—Ah… Goddard. Le esperábamos ayer.

—Me he retrasado un poco —dijo confusamente Lane.

—Un momento. Le anunciaré.

El redactor jefe le recibió al momento. Era un tipo de ojos febriles y que manejaba enormes cantidades de páginas sin terminar, gritaba por el teléfono, atendía la paga de fin de mes, todo al mismo tiempo.

Dijo a «Goddard» que se sentara.

Mientras marcaba unos titulares para la edición del día siguiente, miró a su visitante.

—Le imaginaba algo mayor —dijo.

Lane se había expuesto, al llegar allí, a que alguien tuviera un retrato del verdadero Goddard, o al menos le conociese. En ese caso estaba perdido. Pero, por lo que notaba, nadie había visto al verdadero Goddard jamás.

Por otra parte, al redactor jefe no se le ocurrió pedirle la

documentación. Bastaba la palabra del compañero. Otra cosa hubiera sido absurda.

Puso sobre la mesa la carta que había sacado de uno de los bolsillos del periodista muerto.

—Ustedes me enviaron esta carta —dijo—. Es un verdadero contrato para que trabaje en este periódico durante dos años.

—Sí, claro. ¿Conoce al editor? (1).

(1) *El editor, en la Prensa anglosajona, es lo que llamamos director en la Prensa latina, o sea, la persona a la que incumbe la dirección efectiva de una revista o diario.*

—No, no le he visto nunca.

—¿Por qué ha pedido venir a Nueva York?

Lane se encogió imperceptiblemente de hombros. ¿Qué diría el verdadero Goddard en un caso así? Al fin contestó lo que le pareció más natural y más convincente.

—En San Diego no tenía demasiadas oportunidades. Aquel es un sitio muerto, desde el punto de vista periodístico. En cambio aquí me parece que puedo prosperar.

—Hum... No lo sé. Aquí la lucha es más implacable y la competencia más dura.

—Pero trabajar en Nueva York era una de mis mayores ilusiones.

—De acuerdo, eso no se discute. ¿Qué edad tiene, Goddard?

Lane dijo la que tenía realmente y la que muy bien pudo tener el periodista muerto.

—Veintiocho años.

—Ojalá los tuviera yo. Le queda camino por delante. Bien... De momento tiene que conocer Nueva York. Tiene que patearla de lado a lado. Bastantes noches le enviaré a hacer crónica de sucesos. Otras veces hará entrevistas que crea interesantes. ¿Qué tal la platina?

Lane no sabía ni lo que era.

Por, eso susurró:

—¿La platina? (2).

(2) *La platina, que los franceses llaman marbre, es la gran mesa metal en la cual se colocan las ramas, o rectángulos a la medida exacta de las páginas del diario, y sobre la cual los confeccionadores y los ajustadores trabajan, situando las diversas informaciones, ya preparadas por la linotipia, así como las fotos ya grabadas. Una vez terminada la rama, que debe ajustar exactamente, se obtiene una prueba para últimas correcciones y se pasa a obtener de ella el cartón para la estereotipia, primera fase del tiraje, que luego se efectuará con la rotativa. (N. del A.)*

—Sí, hombre. ¿Sabe confeccionar?

—En la agencia no solíamos hacerlo.

—Claro, lo olvidaba... Allí solo cazaban noticias. Lástima, porque a los

confeccionadores siempre se les suele pagar algo más.

Le tendió un papel.

—¿Conoce el hotel Pierre?

—Claro que sí. Es el mejor de Nueva York, ¿no?

—El que tiene más fama es el Waldorf, pero en efecto el Pierre es el mejor y el más caro. ¿Cuándo puede empezar a trabajar?

—Cuando me lo pida.

—En ese caso ahora. Lea este papel que me entregó el editor para cuando usted llegara. Quiere que entreviste a Sara Wodman.

—¿Sara Wodman?

—Es una millonaria algo excéntrica. Quiere organizar en Nueva York la fiesta de caridad más lujosa que se ha conocido. Personalmente estoy en contra de esas exhibiciones en que, para conseguir más camas en los hospitales, la gente luce pecheras almidonadas y joyas de un millón de dólares. Pero, ¿qué quiere? El público se pirra por esas cosas. Sara Wodman es noticia. Vaya a verla y pínchele un poco para ver si le saca detalles de esa fiesta, que por ahora es un secreto. Me gustaría que acertase en esa primera información, Goddard. Por lo demás, obre como de costumbre.

Lane musitó:

—Sí, señor.

—Le presentaré a los chicos. Ahora no hay mucha gente en la redacción porque es temprano, pero ya se irá haciendo cargo.

Le llevó a una gran sala donde una serie de individuos en mangas de camisa chillaban en un lado, mientras otros trabajaban silenciosamente en otro. Según observó Lane, se producían inmediatos y constantes cambios en aquella situación. Algunos de los que trabajaban en silencio, y que parecían no prestar atención a las discusiones, se levantaban de repente y se ponían a chillar también. Y otros de los que chillaban se desinteresaban de pronto de lo discutido y se sentaba a su mesa para ponerse a trabajar en silencio.

El redactor jefe le presentó:

—Muchachos, este es Goddard. Viene de San Diego, California.

La discusión terminó, y los que iban a ser sus nuevos compañeros le estrecharon las manos.

—¿A qué sección vas a ir?

—¿Cuánto van a pagarte aquí estos zorros?

—¿Ya tienes alguna amiguita en Nueva York?

Lane contestó cómo pudo aquel torrente de preguntas, y luego le señalaron la que iba a ser su mesa. No supo por qué, pero aquella mesa le pareció hostil. Quizá era porque no sabía hacer aquel trabajo. Se sentó en ella y los otros siguieron discutiendo.

Lane quedó, solo, en una especie de universo que desconocía.

No sabía quién era la señora Wodman. No le interesaba tampoco. No sabía exactamente dónde estaba el hotel Pierre, aunque eso era lo más sencillo de solucionar. Y no sabía cómo se prepara una entrevista, ni lo que le podía preguntar a aquella dama para que su trabajo tuviera un poco de consistencia y el redactor jefe no se lo lanzara por la cabeza, dando así el primer paso para descubrir su superchería.

Sintió que le inundaba un sudor frío.

Quizá aquello le parecería elemental dentro de muy pocos días, pero ahora le causaba esa angustia especial del trabajo desconocido que hemos de realizar por primera vez.

Se preguntó por qué demonios se había metido en aquel tío. Por qué había querido sustituir a Goddard.

Y se dijo que lo había hecho porque no tenía otra salida. Ahora, al menos, era un hombre con documentación y que realizaba un trabajo fijo, lo cual le permitiría vivir normalmente y sin que le buscaran. En cambio, si rondaba por Nueva York como un indocumentado sin colocación, no tardarían en darse cuenta de que era un fugitivo.

Por eso estaba allí. Pero no sabía cómo continuar.

El redactor jefe apareció de pronto, rodeado de una serie de pruebas de imprenta que eran el sobrante aprovechable del día anterior.

Lanzó un gruñido.

—Pero ¿qué pasa, Goddard? Quiero esa información para mañana. ¿Aún no ha llamado al hotel Pierre?

Lane tuvo un estremecimiento.

Sí, claro... Lo primero que tenía que hacer era llamar al hotel. Concertar por teléfono la entrevista.

Buscó el número en la guía y disco. Preguntó por la señora Wodman. Tuvo suerte, porque ella estaba allí.

—¿Del *Chronicle?* —murmuró—. Nunca me ha entrevistado nadie de ese periódico... Está bien, venga. Le espero dentro de media hora.

Lane salió.

Llevaba estilográfica, pero en una papelería compró un bloc. Suponía que eso era absolutamente necesario para el trabajo que iba a hacer. Luego tomó uno de los autobuses que ascienden por la Quinta Avenida hasta Central Park, donde se encuentra el hotel Pierre, tan elegante y exclusivo que Nixon estableció en él su cuartel general antes de tomar posesión de la presidencia.

Le indicaron que la señora Wodman tenía la «suite» número doce. Lane pensó que la cifra que una mujer pagaría a la semana por instalarse en una «suite» de esa categoría, no podría escribirse en un día entero.

Ascendió hasta el primer piso. El pasillo, elegantemente alfombrado, estaba solitario.

Se detuvo ante la puerta número doce.

Golpeó con los nudillos.

Había hilvanado en su mente unas cuantas preguntas que creía podían ser interesantes para un hipotético lector. Lane no era periodista, pero era un hombre de amplia cultura. Había comprendido ya que saldría del paso con cierta facilidad.

Volvió a llamar.

Nadie le respondía.

Lane temió cometer una incorrección imperdonable, pero tampoco podía estarse indefinidamente así. Probó a hacer girar el picaporte.

Este cedió sin dificultad y la puerta de la «suite» se abrió. Lane puso los pies en el umbral.

Y de repente sus ojos giraron en las órbitas. Sus facciones quedaron lívidas.

CAPÍTULO III

Él había imaginado que la señora Wodman sería vieja, pintarrajeada y encorsetada. Uno tiene siempre la idea «a priori» de que las señoras que organizan fiestas de caridad han de ser así.

Pero esta rompía la regla.

Esta era sensacional, imponente, tentadora.

Mejor dicho, lo había sido.

Lane cerró la puerta a su espalda y se detuvo atónito, mientras un volcán de pensamientos rugía en su cráneo.

Nunca había pensado tantas cosas en tan pocos segundos.

¿Llamar a la policía? Bonita broma… Lo primero que harían sería pedirle que se identificase, llevarle al precinto, interrogarle, hacer que declarase una y cien veces, llevarle ante el fiscal del distrito como se lleva a un testigo de primera.

Todo lo contrario de lo que le conviene a un hombre que es un fugitivo de presidio.

¿Llamar al periódico y decir lo ocurrido? Sería igual o peor. Ya veía al día siguiente la primera plana: *Uno de nuestros reporteros descubre el crimen del año.* Y allí, bien centradita, su fotografía con cara de chico bueno. Una fotografía que verían en todas partes, y muy especialmente los buitres que le buscaban.

Entonces ¿qué hacer? ¿Huir? Sí, eso sería lo más razonable.

Incluso corriendo el peligro de que creyeran que era él quien había cometido el crimen…

Pero algo le fascinaba allí. Algo le mantenía quieto, con los pies clavados en el suelo.

Miró con detalle a la mujer.

Debía ser la señora Wodman, porque llevaba una alianza en su mano derecha, lo cual demostraba que había sido casada. Por lo demás, no tenía ni siquiera los veintisiete años. Había sido bonita, llena de curvas, llena de tentaciones para un hombre sano y joven como Lane. Pero ahora no era más que una muerta.

Sus ropas estaban desordenadas, pero pese a eso se notaba que la lucha había sido muy breve. La causa de la muerte era un disparo hecho a boca de jarro, a la altura del corazón. La bala había penetrado por debajo del opulento seno izquierdo, sin que de este brotara apenas la sangre.

Las prendas interiores que usaba la mujer eran de primera calidad, desde las medias hasta los tirantes de la combinación. Y todo estaba visible, porque el vestido se hallaba bastante desordenado Lane se fijó en los menores detalles como si sus ojos fueran una cámara fotográfica Y así, por tanto, notó lo de aquellos pendientes.

Eran muy grandes. En cada uno de ellos estaba engarzada una valiosa perla natural.

Una de ellas se había desprendido.

Y debajo, en su soporte de platino, había algo que llamó la atención a Lane. Le pareció un pedacito de celuloide. No tardó en darse cuenta de que era un micro filme.

Sus dedos temblaron al acercarse a aquel objeto de apariencia insignificante, y que sin embargo podía ser la causa que costó la vida a aquella mujer.

Pero eso no debía ser posible.

Porque si alguien buscaba el microfilme pudo hacerse con él. Estaba a la vista. Al romperse el pendiente, había aparecido con cierta claridad.

Claro que quizá el asesino no lo vio al huir precipitadamente. O quizá el pendiente se rompió al caer la víctima, y no antes.

De un modo u otro, aquel era un detalle que Lane no estaba dispuesto a dejar al margen.

Tocando el pendiente con un pañuelo, lo arrancó. Y también arrancó el otro para que no se notase la falta del primero. Así la policía, cuando llegase, creería que la millonaria no llevaba nada en las orejas en el momento de morir.

Lo guardó todo en uno de sus bolsillos y salió de allí.

No quiso investigar ni ver nada más.

Mientras huía como un fantasma, Lane se dijo que nunca lograría escapar a su destino. Iba a ser eternamente un fugitivo, hasta que alguien le clavara una bala entre las cejas. Y eso ya no tenía remedio.

CAPÍTULO IV

¿Qué hacer? ¿Qué condenada decisión tomar en esas circunstancias?

Lane deambulaba por Central Park como un borracho.

A pesar del tiempo fresco había parejas en los bancos. La gente joven se besaba con absoluta despreocupación. Algunos elegantes rezagados aún paseaban a caballo por los senderos arenosos.

Lane se pasó una mano por la frente, como si con ese simple gesto pudiera borrar todos sus malditos pensamientos.

¿Adónde ir? ¿Volver al periódico? ¿Y si dijera que no había encontrado a la Wodman?

No, eso no era posible. En cuanto los policías hurgaran un poco en los relojes y comprobaran las horas, se iba a ver metido en un lío de campeonato.

Por lo tanto no le quedaba más remedio que seguir siendo un fugitivo.

Debía olvidar sus esperanzas de hacerse pasar por Goddard una temporada, hasta que las cosas se fueran resolviendo. Estaba listo. A partir de ahora tendría que contar con sus propios recursos.

Lo primero que necesitaba hacer era encontrar un sitio donde pasar la noche.

Había alquilado una habitación cerca de allí, en el Victoria, en la calle Cincuenta y tres, pero no se atrevió a volver, por la sencilla razón de que esa era la dirección fija que había dejado en el periódico. Sería facilísimo localizarle allí.

Tenía, por tanto, que buscar otro sitio.

Salió de Central Park por la avenida Nueve, ya en pleno West Side, donde suelen vivir los inmigrantes y las clases menos favorecidas de Nueva York.

Allí existen modestos hoteles donde nadie pregunta gran cosa, pero donde, en contrapartida, la policía hurga con frecuencia. Lane conocía muy bien esos ambientes donde había pasado parte de su vida. Por eso eligió por instinto el mejor.

Empujó una puerta de cristales esmerilados y anduvo por un pasillo largo y estrecho, alfombrado de rojo. Una mortecina bombilla era lo único que prestaba luz al ambiente. Cerca de la puerta, una hermosa muchacha portorriqueña balanceaba una pierna. Miró con curiosidad a Lane, como si se preguntara hasta qué punto aquel tipo todo músculo, y de facciones pétreas e indiferentes, podía hacer feliz a una mujer.

Al final del pasillo había una garita donde un tipo calvo mascaba un cigarro. A Lane le recordó el policía que le custodiaba en el tren, solo que aquel mascaba chicle. El calvo, que llevaba las cejas teñidas, le miró fijamente.

—¿Tiene una habitación? —preguntó amablemente Lane.

—Nueve dólares por noche, si la quiere con baño. Prohibido traer animales. Prohibido hacer comidas. Prohibido traer chicas que no sean muy honorables.

—¿Y cómo sabe que son honorables?

—Todas las que conozco yo lo son.

Lane chascó dos dedos.

—De confianza, ¿eh?

—Ujú. Buenas chicas y que no buscan líos.

—Sólo dólares…

—Sólo dólares.

Lane puso la documentación encima del mostrador antes de que el otro se la pidiera. Sabía que eso infunde confianza.

—¿Periodista? —murmuró el calvo—. ¿Qué pasa? ¿Lo han echado de su periódico?

—¿Por qué?

—Creí que en su oficio se ganaba para dormir en un sitio mejor.

—Pues está muy equivocado, amigo. Hay meses en que uno no gana ni para echar una cana al aire.

El calvo le devolvió la documentación y le entregó una llave. Era la número sesenta y cinco. Lane pagó por anticipado una semana también para infundir confianza.

Luego subió a su habitación.

Estaba en el último piso que, aun no siendo la casa muy alta, era el diez. El sitio le pareció tranquilo y apacible, a falta de otras cualidades. En la habitación había una cama, un armario, una mesa, dos sillas, una Biblia, un viejo aparato de televisión y un cuadrito en el que se acreditaba que todos aquellos artefactos habían sido desinfectados por el servicio municipal. Desde la ventana se podía acceder muy bien a la escalera de incendios. Una puertecita daba a un cuarto de baño minúsculo, pero donde había todo lo necesario.

Se dispuso a descansar, mientras trazaba planes para el día siguiente.

Siempre le había dado buen resultado consultar las cosas con la almohada. Seguro que al día siguiente tendría los nervios mejor y encontraría una salida.

Se tendió sin desnudarse. Por su mente pasó una idea fugaz. ¿Qué cuerno estarían pensando en el periódico, al ver que no volvía?

Pero esa idea se desvaneció ante el recuerdo del cadáver tendido en la habitación del Pierre. Cerró los ojos y poco a poco el cansancio de sus nervios pudo más que él. Fue quedando profundamente dormido.

Hasta que aquella cosa dura incómoda, fría, se posó en su sien y empezó a hurgar lentamente en ella.

CAPÍTULO V

Lane se llevó en el primer momento la mano al lugar afectado, creyendo que una mosca estaba empleando su cara como campo de aterrizaje.

Pero pronto se convenció de que aquella presencia extraña significaba algo más concreto, amenazador e inquietante. Sencillamente, le estaban acariciando con un arma de fuego.

Lo primero que pensó fue: «La policía».

Y lamentó haber huido. Lamentó una fuga que, a la hora de la verdad, no haría más que complicar las cosas.

Abrió los ojos.

El tipo que le encañonaba, y que estaba en el borde de la cama, tenía pinta de asesino o de policía. En realidad unos se parecen a otros como gotas de agua. Eso explica que por ejemplo un viejo «bandido» del cine, como Richard Widmark, se haya convertido en un «bueno» flamante cuando los directores decidieron ponerle sobre la camisa la placa de la ley.

Lane musitó:

—¿Qué quiere?

—Hala, siéntate en la cama.

Lane obedeció. Claro que no tenía otro remedio. Y procuró tener las manos bien a la vista.

Con bastante experiencia en eso de ser detenido, sabía que uno no puede exponerse a gestos equívocos cuando le están encañonando de cerca.

El desconocido hurgó con la mano izquierda debajo de la almohada, para convencerse de que allí no se ocultaba ninguna pistola.

—Estoy desarmado —dijo Lane.

—Tanto peor para ti.

—¿Por qué no empieza por enseñarme su credencial? ¿O es que los policías, ahora, obran como les parece?

En otro ángulo de la habitación sonó entonces una carcajada.

Lane se dio cuenta de que no estaba solo con el desconocido. Del cuarto de baño acababa de surgir otro individuo similar al primero, vestido con la misma ropa *estándar,* de confección barata, llevando un sombrero parecido y luciendo sobre las narices unos mismos ojos de buitre.

También usaba pistola automática.

Miró a Lane y barbotó:

—De modo que policía… Tiene gracia.

—Entonces, ¿quiénes son?

—Más valdrá que hagas trabajar tu imaginación, muchacho. —Y miró al primero—. ¿Qué? ¿Lleva armas?

—No.

—Entonces que se ponga en pie.

Lane también obedeció, sin que se lo ordenaran de una forma concreta. Siguió procurando tener las manos bien a la vista, para que los otros no se pusieran nerviosos. Lo que no lograba era identificarlos.

¿Se trataba de policías que querían sonsacarle obrando como simples «torpedos» de un *gang?* ¿O quizá aquellos tíos no habían entrado jamás en un precinto, si no era en calidad de carroña para ir a la cárcel?

Las dudas de Lane se disiparon pronto.

Le hicieron poner de cara a la pared, con las manos apoyadas en esta y las piernas separadas.

Uno de los dos buitres se quedó atrás, apuntándole con su pistola y relamiéndose el pico. El otro empezó a pasarle las manos por el cuerpo para ver si llevaba algún arma oculta.

Cuando se convencieron de que no era así, empezaron a hurgar en sus bolsillos.

Lane se dio cuenta de que buscaban algo más, aunque no conseguía entender de qué se trataba.

Pronto lo supo, sin embargo. Era una cosa que no se había preocupado demasiado de ocultar. Lane no había pensado ni por asomo que le fueran a registrar aquella misma noche. Por tanto, tenía los pendientes y el microfilme tranquilamente guardados en uno de sus bolsillos, esperando decidir alguna cosa al día siguiente.

Uno de los pistoleros —pues ahora ya no le cabía duda de que lo eran —, se lo arrebató.

—Muy bien, aquí lo tenía.

—¿Está todo?

—Sí. El pendiente y el microfilme. Perfecto.

—No se había preocupado mucho de esconderlos.

—No debía pensar que le cazaríamos tan pronto.

Y el que acababa de hablar le miró a los ojos.

—¿Eh, pichón? ¿Verdad que no lo pensabas?

Lane negó con leves movimientos de cabeza.

—No, ni de lejos.

—Mejor para ti. Así no hemos tenido necesidad de marcarte la cara.

—Pero, ¿quiénes sois?

—Eso no te importa. Puedes tener la seguridad de que no volveremos a vernos. Y ahora aligera.

—¿Aligerar para qué?

—Vas a venir con nosotros.

Lane trató de calcular rápidamente las posibilidades que tenía de enviar por la ventana a aquellos dos jamelgos, o al menos de escapar de allí. Pero esas posibilidades eran nulas. En un espacio cerrado y con dos pistolas

apuntándole, el iniciar un solo gesto de resistencia equivalía a suicidarse.

Por eso avanzó hacia la puerta cuando uno de aquellos dos tipos la abrió.

El silencio en el hotel era absoluto.

O debía haber pocos huéspedes por aquella zona o bien nadie quería enterarse de lo que maquinaban aquellos dos hijos de perra. El caso fue que Lane comprendió desde el primer momento que no podía contar con ninguna clase de ayuda. Fue a dirigirse maquinalmente hacia las escaleras que llevaban a los pisos inferiores.

Pero uno de los «torpedos» le señaló el lado contrario.

—Tú... Por aquí.

—¿Qué?...

—No vamos abajo, sino arriba.

—¿Al tejado...?

—Ujú.

Lane no comprendió muy bien qué demonios pretendían. ¿Asustarle? Porque razones para enviarle del tejado abajo no tenían ninguna...

Llegaron arriba. La altura no era excesiva, comparada con la de otros edificios de Nueva York, pero bastaba para que sus huesos se convirtieran en harina de arroz. El aire le dio en la cara cuando le acercaron al borde del tejado.

Abajo solo se veía la calle Cincuenta, tranquila y solitaria.

Un poco más allá, formando ángulo recto, la avenida Octava.

Y, sobre todo, una espantosa sensación de soledad, de abismo, de muerte.

Lane sintió que se le secaba la boca.

—¿Qué infierno pretendéis? —susurró.

—Ya lo puedes imaginar, muchacho. Te van a salir alas.

—Seguro que cuando eras pequeño soñabas con esto. En volar como Supermán.

—Pues ahora vas a conseguirlo —gruñó el otro

—Lo que no podemos garantizarte es lo que sucederá cuando choques contra el asfalto.

Lane sintió que todo su cuerpo se bañaba en sudor helado.

—Supongo que todo esto obedece a un monstruoso error —musitó—. Me habéis confundido con otro.

—No, muchacho, no te hemos confundido. Tú eres el que llevaba los pendientes con las perlas.

—Además te llamas Goddard y eres de esos que escriben tonterías en los periódicos. Ya ves si estamos enterados de todo.

Lane parpadeó.

Diablos, aquello no tenía sentido. Querían matar a Goddard... Pero ¿por qué?

No tuvo tiempo de seguir pensando.

Los dos individuos venían hacia él. Cuatro manos iban a empujarle. Con un leve soplo le enviaban al infierno.

Y de pronto los músculos de Lane sufrieron una sacudida.

Volvió a ser el que había sido siempre. El detenido a quien habían tenido que trasladar esposado porque resultaba demasiado peligroso. El que conocía todos los trucos para matar. El que había salido de cien conflictos tan peligrosos como aquel.

Sus enemigos eran dos, pero avanzaban confiadamente porque creían tenerlo ya todo hecho.

Lane se ladeó bruscamente hacia la derecha, poniéndose a gatas en fracciones de segundo.

El individuo que venía por aquel lado encontró el vacío delante de sus manos. Simplemente, fue a empujar un cuerpo que ya no existía, que ya no estaba allí. Y en cambio sus rodillas tropezaron con un inesperado obstáculo.

Lanzó un terrible alarido al ver que el vacío se abría ante él.

Ya no pudo sujetarse a ningún sitio.

Cayó desde el tejado, mientras su compañero lanzaba una salvaje maldición.

Fue a sacar la pistola, que había guardado para tener las manos libres al empujar a Lane.

Este, sin cambiar de postura, extendió la pierna derecha. Fue una auténtica coz al bajo vientre la que recibió su enemigo. El gesto con el que iba a sacar el arma quedó detenido de repente. Se encogió, crispado de dolor.

Mientras tanto, Lane había hecho una pirueta al borde mismo del vacío.

Cuando su enemigo volvió a darse cuenta de la situación, ya lo tenía en pie y frente a él. Lane le dio un rodillazo al estómago. Le largó un gancho al mentón. Le cruzó la cara con sus dos puños implacables.

Cuando el tipo cayó a tierra, estaba KO y hecho un fardo. Lane se inclinó sobre él.

No podía perder ni un segundo.

En la calle se oían gritos ya, junto a los bruscos frenazos de algunos coches que se habían encontrado con un cuerpo ensangrentado en mitad de la calzada.

Lane había visto que el tipo que estaba sin sentido junto a él era el que guardó los pendientes con el microfilme. Los llevaba en uno de los bolsillos interiores de su americana. Los retiró, los guardó a su vez y le privó también de la pistola, que podía hacerle falta tal como se estaban poniendo las cosas.

Había terminado apenas ese último gesto cuando su enemigo se reanimó.

Se reanimó de tal forma que apenas le dejó tiempo para respirar.

Bruscamente, Lane sintió que le clavaban un terrible punterazo a la mandíbula.

Cayó hacia atrás, al borde mismo del tejado, que como muchos de Nueva York, no tenía barandilla.

¡Si hubiera podido sujetarse al menos a la antena de la televisión! Pero aquella antena estaba muy lejos. Tampoco había un asidero, nada a lo que aferrarse.

Sólo el abismo resbaladizo, viscoso, hacia el cual se iba pulgada a pulgada.

Su enemigo trató de sujetarle por los pies.

Reía simiescamente.

Lane sintió el sabor de la muerte en la boca, mientras intentaba contorsionarse.

Oyó un grito de triunfo.

El pistolero creía haberle vencido, tenerlo ya abajo.

Pero no contaba con la extraordinaria flexibilidad del cuerpo de Lane y con su incansable entrenamiento. De pronto el joven se flexionó hacia atrás, como si fuera a dar una vuelta de campana invertida. Pero al extremo de sus pies, alzándose con ellos, estaba el hombre que quería matarle.

Hacía falta una fuerza a toda prueba para conseguir aquello, pero Lane la tenía. Tenía también una flexibilidad de gato en todos los músculos de su abdomen. Como impulsado por los brazos de una grúa, su enemigo se encontró de repente ante el vacío.

Lanzó un alarido atroz.

Intentó sujetarse desesperadamente al aire, a algún objeto que no existía, y de pronto se precipitó hacia el abismo.

Los que estaban abajo, contemplando el primer cadáver, tuvieron que apartarse a toda prisa, porque iba a llegar el segundo.

Ya se sabe. En este mundo todo se hace ahora a lo grande. En vez de un muerto, dos. También los policías de Nueva York en los últimos años, habían pasado a cobrar el doble de lo que cobraban.

Lane respiró agitadamente.

Le parecía oír gritos en todas partes, incluso dentro de su propio cerebro.

Ahora sí que estaba metido en un buen lío, en un lío de verdad. En mala hora decidió fugarse de aquel tren. Tenía que haberse estado quietecito en el vagón volcado, esperando a que vinieran a recogerle. Sí, eso hubiese sido lo mejor.

Ahora estaba manchado de alquitrán hasta el cuello.

Pero tenía que bailar, ya que se había metido en el baile. Intentó buscar una salida, un camino de huida. Vio que el edificio contiguo era algo más

bajo. Saltó de un tejado a otro.

Más allá había un nuevo edificio, pero este mucho más alto.

Sólo un simio hubiera podido conseguir asirse a los rebordes, hasta llegar arriba. Pero Lane había hecho cosas peores al huir de dos cárceles, de modo que puso manos —o más bien uñas—, a la obra. Empezó a trepar. Lo más angustioso era el tiempo, pues en cualquier momento asomaría gente al tejado del que acababa de huir.

Sudaba copiosamente, pero su sudor era frío.

Le parecía que la pared no terminaba nunca. Que le estaban mirando desde todas partes.

Pero la verdad era que nadie le veía aún. Y que estaba subiendo con una rapidez casi increíble.

Cuando ya iba a alcanzar su objetivo, que era el tejado más alto, estuvo a pimío de resbalar.

Lanzó un gruñido.

Pero pudo sujetarse en el último momento, apoyar en el borde toda la palma de la mano derecha e izarse con un último esfuerzo. Acababa justamente de desaparecer cuando el tejado donde se había desarrollado la pelea se llenó de policías tripudos qué hacían portentosas exhibiciones de revólver, como si en vez de estar en la avenida Ocho estuvieran en las praderas del Oeste.

Uno masculló:

—¡Ha tenido que huir por allí!

Señalaba el tejado más bajo, en lo cual no andaba muy descaminado.

—¡Y luego subir por aquella pared! —añadió.

Era el más listo de todos, cuerno.

—¡Tú eres un burro! —le gritó un sargento que tenía más tripa que él —. ¡Por aquella pared no hay quien suba! ¿Sabes lo que ha hecho ese tipo, sea quien sea? ¡Volver! Regresar por dónde hemos subido. ¡De modo que hay que registrar todo este hotel, porque estará en una de las habitaciones! ¡Y la casa de al lado también, pero nada más! ¡Y aprisa!

Lane respiró con más tranquilidad.

Bueno, al menos había podido despistarles por el momento.

Pero no podía estar toda la noche allí, ni tampoco podría salir de la cuadra de casas, que habría sido ya acordonada. De modo que había que encontrar una solución.

Se acercó a la puerta que, desde el tejado, llevaba a los pisos inferiores.

La escalera, oscura y vieja, crujió. Llegó a otro pasillo penumbroso y alfombrado de rojo. Aquello parecía una casa de huéspedes o un edificio de apartamentos baratos donde nadie se preocupaba de nadie. A Lane ya se le había secado el sudor del cuerpo, pero en cambio su respiración era entrecortada. Necesitaba encontrar algún sitio donde ocultarse y no se le ocurría ninguno.

Entonces una de las puertas se abrió.

Lane no vio gran cosa. Sólo una pierna que se balanceaba ligeramente. Claro que más vale precisar bien desde el principio: aquella pierna era literalmente sensacional.

La media muy ajustada parecía estallar bajo la presión de la carne morena y prieta. El alto tacón del zapato repiqueteaba levemente en el suelo. Un rostro de labios rojos apareció por encima, bastante por encima, de aquella pierna.

A Lane no le extrañó ver a la portorriqueña que poco antes encontrara junto a la puerta del hotel. Ella sonreía con unos dientes blancos y sanos. Sus ojos brillaban.

—He visto cómo intentaban apiolarte, cariño —dijo en suave español —. Desde la ventanita de mi habitación se distinguen muchas cosas.

Lane contempló la pierna larga, mórbida, que se exhibía hacia el exterior de la puerta.

—Y desde aquí se distinguen más aún —susurró.

—¿No pasas?

—¿Y por qué no? —dijo Lane.

Nunca como en este momento había celebrado tanto hablar bien el español.

La puerta se cerró a su espalda y, en cambio, frente a él, se entreabrieron unos labios. Es ley de este mundo. Las cosas tienen que estar compensadas. No todo va a cerrarse a la vez, demonio…

CAPÍTULO VI

A la mañana siguiente, mientras la muchacha portorriqueña se frotaba vigorosamente bajo la ducha, murmuró:

—Bueno… Parece que todo ha pasado, cariño.

En efecto, lo peor había pasado ya. La policía había registrado los edificios contiguos sin resultado alguno. Por el momento no parecía que le fueran a echar la zarpa.

Pero Lane no se hacía ilusiones. Sabía que las cosas no habían hecho más que empezar.

En primer lugar, ya debían saber que del hotel faltaba un fulano llamado Goddard.

El mismo fulano llamado Goddard había ido a hacer una interviú a la señora Wodman, que poco después apareció muerta. Seguro que eso lo sabían también.

Por fin, Goddard no había vuelto a su periódico. Tercer detalle que debía poner tan contento al fiscal del distrito que no era extraño que este se subiera por las paredes.

Ya tenían un culpable, y ese culpable era él. Resultaba más famoso para la policía que si su nombre estuviera escrito en todas las esquinas de la gran ciudad.

Se pasó una mano por la boca.

¿Cuánto duraría aquello? ¿Cuánto tiempo podría estar oculto, sin que le pusieran el guante encima?

La portorriqueña salió de la ducha.

Su hermoso cuerpo de piel tersa y tostada relucía bajo los rayos de sol que entraban por la ventana.

—¿No contestas nada, cariño?

—Elisa, voy a irme de aquí.

—¿Por qué? Puedes ocultarte todo el tiempo que quieras.

—No soy un asesino ni tengo nada que reprocharme en todo este maldito asunto, pero por una serie de circunstancias estoy metido en un lío de los que le marcan a uno. Y, por desgracia, no tengo medios de probar mi inocencia. Es muy fácil que me enjuicien y me envíen hecho un fardo al pabellón de la muerte, de Sing Sing.

Ella le escuchaba en silencio.

Sus ojos se habían entrecerrado, y sus labios dibujaban una mueca de incredulidad.

Una mujer es capaz de creer muchas cosas buenas de un hombre, después de una noche de amor. Pero las cosas buenas empiezan a diluirse cuando el amor pasa. Y pueden empezar a transformarse en cosas malas unos días más tarde.

—Sí, Elisa —murmuró Lane—, estoy metido en un buen lío, y no quiero que tú aparezcas mezclada en él. Ya me has hecho un gran favor ayudándome a salvar las primeras horas. A partir de este momento tengo que desaparecer.

—Pero, ¿cómo vas a salir de aquí? La cuadra de casas estará aún muy vigilada.

—¿Tú que vas a hacer?

—Yo trabajo.

—¿Dónde?

—En una casa de ropas, en la parte baja de la avenida Once. He de entrar dentro de media hora.

—¿Tienes coche?

—Sí. Está en un *parking* aquí al lado.

—Si pudiera ocultarme en ese coche… —sugirió Lane.

—No es tan difícil. Tengo un abono que he de renovar. Mientras yo pago y hablo con el vigilante, tú procuras entrar sin ser visto. Mi coche es un «Pontiac» gris modelo 59 muy antiguo. No hay otro como él en todo el *parking,* de modo que no te confundirás. Puedes ocultarte en el portaequipajes o tenderte en la parte posterior. Tú decidirás.

—¿Seguro que podrás entretener al vigilante?

—Seguro… En cuanto, por descuido, le enseñe la rodilla, el tío se marea.

Lane decidió que era una buena idea. Saltó de la cama, se introdujo bajo la ducha y poco después estaba arreglado y listo para salir. No había podido afeitarse, pero su aspecto resultaba bastante presentable, después de todo.

Salió poco después que la muchacha, casi siguiéndole los pasos.

Ella se dirigió a la garita del guardián. Entró en ella, exhibiendo unos billetes y demostrando lo apurada que se ve una chica guapa, con eso de las faldas tan cortitas que se llevan ahora.

Lane pudo pasar tranquilamente, pero con la máxima rapidez. El encargado del *parking* no veía más que curvas por todas partes. El «Pontiac» estaba detrás de otros mayores, de modo que Lane pudo ocultarse perfectamente. Eligió la parte posterior por la sencilla razón de que así le sería más fácil salir luego.

Elisa apareció muy poco después. Se sentó al volante, subiéndose la falda hasta arriba, y murmuró:

—¿Listos?

—Listos —susurró Lane.

En la esquina había un pequeño control de policía a cargo de un agente que vigilaba el tráfico y echaba una ojeada a los conductores. No le pareció nada sospechoso aquel viejo «Pontiac» que pasaba todas las mañanas a la misma hora y conducido por la chica de costumbre. Le hizo

un guiño y le indicó que siguiera.

Hacia las profundidades de la calle Cuarenta, donde estaba la tienda de Elisa, el joven ya se sentó normal mente en el diván posterior. Y en una de las luces rojas musitó:

—Adiós, amor.

—Hasta pronto… si puede ser.

Lane le acarició fugazmente los cabellos, con sincera gratitud.

Y salió del coche.

Una vez hubo andado un par de cuadras, alejándose aún más de la zona, respiró tranquilo. Por el momento había escapado, pero ahora le quedaba el gran problema por resolver: ¿adónde ir?

Por lo pronto entró en un café a tomar algo caliente. Empezaba a sentirse débil.

Nadie se fijó en él.

Quizá por falta de fotografías suyas, su imagen aún no había sido difundida por los periódicos ni por la televisión. Eso tranquilizó a Lane, quien hizo un recuento del dinero en su poder. Vio que tenía bastante para aguantar unos cuantos días, incluso aun en el caso de verse obligado a desembolsos fuertes.

Mientras bebía su tercer pocillo de café, tomó una decisión.

No podía presentarse a la policía porque le detendrían, y una vez en su poder ya no tendría posibilidad alguna. Las cosas podían rodar más o menos mal, pero lo probable era que rodasen mal del todo. No, ese negocio no le convenía.

Era mejor negociar con el fiscal del distrito.

Le llamaría por teléfono desde una cabina pública. Le explicaría lo sucedido letra por letra. Y le diría que estaba dispuesto a entregarse siempre y cuando no le acusaran de nada más. Él cumpliría la condena que seguramente le impondrían por el delito en virtud del cual era trasladado desde San Francisco a Nueva York. Pero ahí debía terminar todo

Sí, eso era lo mejor.

De modo que salió del café se metió en una cabina pública, consultó la guía y disco el número de la importante oficina del fiscal del distrito.

Pero a veces el destino decide las cosas grandes lo mismo que las pequeñas. Una eficiente secretaria le dijo que el fiscal no iba a aparecer por allí aquella mañana, ya que estaba ocupado en el palacio de justicia.

—Siempre deja un sustituto —añadió—. Si es algo urgente y quiere hablar con él…

Lane se mordió el labio inferior.

No, con el sustituto no podía ser.

Sólo el propio fiscal del distrito podía atreverse a asumir la responsabilidad de un trato con él, como los que a veces la policía efectúa en secreto con los fugitivos.

Casi todos los testigos que declaran contra las grandes figuras del hampa, han sido conseguidos mediante tratos así.

—¿No me contesta? —preguntó la secretaria.

—Volveré a llamar después del almuerzo, gracias —dijo Lane—. Es un asunto muy personal.

—¿Me da su nombre y lo anotaré en la agenda?

—No es necesario. Perdone.

Y Lane colgó.

Cuando salió de la cabina y se puso a pasear por la amplia acera, no estaba precisamente de muy buen humor.

Necesitaba ocultarse aunque fuese por unas horas No podía arriesgarse a pasear por Manhattan, esperando sencillamente que alguien le reconociera.

Ante sus ojos apareció un hotel que conocía bien de otras ocasiones. Era precisamente el hotel Manhattan considerado como de primera clase. ¿Y si se atreviera a…

No lo pensó más. Entró en él.

—Soy un repórter del *New York Chronicle —dijo* tranquilamente—. Necesito una habitación para un día entero.

El conserje sonrió.

—No faltaba más. Firme aquí.

La desenvoltura de Lane dio el resultado que pretendía. Poco después se encontraba en una habitación del octavo piso sin haber tenido que dar ni su nombre. Encendió un cigarrillo y se tendió en la cama.

El paso de los minutos se le hacía angustioso.

Le pareció que quizá debía llamar otra vez a la oficina del fiscal. Tal vez el sustituto podría… Pero no; era mejor aguardar.

Poco a poco el sueño le fue venciendo.

Haría falta ser muy ingenuo para creer que Lane había dormido mucho la noche anterior. Ni él ni la hermosa portorriqueña pegaron un ojo. Por eso ahora el cansancio le invadió. Sus párpados se fueron entornando mientras dejaba mecánicamente los restos del cigarrillo sobre el cenicero que estaba a su alcance.

No supo cuánto tiempo había transcurrido así.

Y de pronto tuvo un sobresalto, la súbita sensación de que alguien le observaba, de que respiraba con él.

Alguien más estaba en la habitación. Y le miraba fijamente.

CAPÍTULO VII

Esa clase de oscuras sensaciones ya las había tenido otras veces Lane, durante su vida de fugitivo. Pero ahora fue tan intensa, tan súbita, que se puso en pie de un brinco. Vio que, en efecto, alguien más estaba en la habitación.

Pero se trataba de un tipo, al parecer, inofensivo. Al menos no le apuntaba con ningún arma.

Lane susurró:

—¿Quién es usted?

El otro se tomó tiempo para contestar.

No vestía un traje de confección barata, como los buitres de la noche anterior. Sus prendas estaban hechas a medida y denotaban buen gusto y riqueza. Una gruesa cadena de oro le cruzaba el chaleco. Iba bien afeitado, olía a colonia cara y parecía satisfecho de la vida. O lo hubiera parecido sin aquel leve gesto de preocupación que ahora fruncía sus labios.

Lane le calculó unos cuarenta años.

Susurró:

—¿Por qué no me contesta? ¿Por qué no me dice quién es usted? ¿Quizá es el fiscal del distrito?

El otro hizo un signo negativo.

—¿Yo fiscal...? ¡Qué ocurrencia!...

—Pues entonces, ¿quién es?

—Debiera haberme reconocido, Goddard. Soy una persona bastante vinculada a usted, por lo menos mientras viva en Nueva York. Está usted hablando con Lucius Abram, el editor y propietario del periódico en el cual ¡rebajaba hasta anoche.

* * *

Lane quedó petrificado.

En el primer momento aquello le pareció increíble. No uno de sus compañeros, no el redactor jefe. Nada menos que el director y propietario... Pero, ¿qué quería? Cómo había dado con su pista?

Balbució:

—¿Es una broma?

—¿Por qué había de serlo? ¿Quiere que le enseñe mis documentos?

—¿Qué hace aquí?

—Quiero hablar con usted, Goddard.

—Yo también quisiera hablar... Celebro no tener delante de las narices a un policía ni a un buitre que quiera lanzarme al asfalto desde una altura de diez pisos. Pero me va a permitir que sea yo el primero que haga un par de preguntas, señor Abram.

—¿Por qué no?

—En primer lugar, ¿cómo ha entrado aquí?

Él mostró una llave.

—Aquí tiene la respuesta. Es la duplicada, y me la han dado legalmente en conserjería.

—¿Cómo ha sabido dónde me alojaba? Eso es algo que no comprendo.

Lucius Abram sonrió.

—Demonios, es lo primero que tenía que haber entendido. ¿Cómo no lo imaginó? Este es un hotel elegante. Usted (y comprendo que no pudiera hacerlo de otro modo) entra y dice que es un reportero del *New York Chronicle*. Pide una habitación y se la dan sin ninguna clase de formalidad, porque les interesa estar muy a bien con el periódico. Pero luego descuelgan el teléfono y comprueban. ¿Se ha enviado desde la redacción a alguien al hotel Manhattan? ¿Pueden cargarnos la cuenta a nosotros? Nadie sabe nada y entonces el redactor jefe me pregunta a mí, por si ha sido una decisión personal. Yo me imagino la cosa, pero no digo una sola palabra. Sólo afirmo con la cabeza. Y salgo disparado hasta esta parte de la ciudad, amigo mío.

Lane asintió lentamente.

Comprendía muy bien lo sucedido, que estaba dentro de la más estricta lógica.

Menos mal que la noticia había rodado hasta un periódico y no hasta un precinto de policía...

—Señor Abram —musitó—, usted tiene derecho a toda clase de explicaciones.

—Por supuesto que sí.

—Lo primero que debo hacer es darle las gracias por haber venido personalmente. No le hubiera costado nada avisar a la policía.

—Al contrario, me hubiera costado mucho.

—¿Qué dice...?

—Un escándalo, un escándalo fenomenal en el que se hubiera visto involucrado todo el periódico. Usted, Goddard, ya pertenecía prácticamente a nuestra plantilla. ¿Cree que es agradable que un hombre de nuestro equipo sea acusado de asesinato?

—Yo no...

Abram hizo un gesto autoritario con la derecha.

—No le pregunto si usted mató o no a la señora Wodman. Ese, en realidad, no es asunto mío. Pero supongo que no le causará ninguna sorpresa saber que le acusan del crimen.

—Lo... lo entiendo.

—También le acusan de haber enviado a dos hombres a la calle desde un décimo piso, en vuelo sin motor.

—Eso es lo único cierto, pero antes quisieron matarme a mí.

—Tampoco me importa, Goddard. Allá sus asuntos. ¿Ha leído los

periódicos de esta mañana?

—No me he atrevido ni a comprarlos por miedo a que publicaran mi foto, sacada de alguna parte.

—No, no la publican por la sencilla razón de que no la hay. Por supuesto que la policía la ha pedido ya a la United Internacional Press de San Diego, en California, para que la pidieran por radio. Pero allí no tienen más que una muy defectuosa y casi imposible de transmitir. En cambio parece que hay una muy buena en el Sindicato. Anoche no pudo ser localizada porque en el Sindicato no trabajaban ya, pero supongo que esta mañana la habrán enviado. Si la policía no la declara secreta, la publicará todo el mundo. Incluso nosotros habremos de publicarla.

Encendió nerviosamente un cigarrillo con un pesado encendedor de oro macizo.

—Bueno, le he preguntado si ha leído los periódicos... ¡Diablo, qué nochecita!... Somos los únicos que hemos dado una información algo incompleta de lo sucedido. No queríamos echar piedras sobre nuestro propio tejado, ¿comprende? Los otros rotativos también han sido respetuosos y han tenido consideraciones para con nosotros. No han dicho que usted perteneciera al *Chronicle.*

Es una muestra de buen gusto entre colegas. Pero, ¿cuánto durará eso? Amigo, el próximo escándalo en que usted se vea metido, nuestro diario será considerado algo así como el portavoz del hampa de la ciudad. La publicidad distinguida que tenemos se irá en busca de mejores rumbos, en busca de paisajes que huelan mejor. Y ya no quiero hablarle de la disminución de la tirada. No, no estoy dispuesto a que suceda eso.

—Ciertamente, no sería justo que sucediera —musitó Lane—. Ustedes no tienen ninguna culpa, al contrario...

Abram emitió un leve gruñido.

—Por eso he venido aquí. No quiero escándalos. ¿Qué es lo que piensa hacer, Goddard?

—Quiero negociar con el fiscal del distrito

—¿Y entregarse...?

—Eso depende de si llegamos a un trato o no.

—Sería... sería terrible para nosotros que se entregara. El escándalo vendría después.

Lane abrió las manos con un gesto de desolación.

—Lo comprendo, señor Abram. Pero ¿qué otra cosa puedo hacer?

—Nuestro mundo es cruel —dijo Abram, mirándole fijamente—, y uno no puede dar según qué resbalones, porque enseguida se lo tragan las arenas movedizas. No, no puedo consentir que los acontecimientos se disparen. Usted no negociará, Goddard.

—Entonces le repito lo de antes: ¿qué puedo hacer?

—¿Es usted culpable de algo?

—Le prometo que no.

—¿No mató a la Wodman?

—No la había visto en mi vida hasta que la encontré muerta en su habitación.

—Entonces demuestre su inocencia, pero por otros medios. Busque pruebas, haga lo que sea sin comprometernos a nosotros. Es usted quien se ha ensuciado, no el periódico. Trabaje en quitarse todo el fango que lleva encima. Naturalmente, ya comprendo que eso requiere dos cosas: dinero y un escondite para ir tirando.

—Dinero aún tengo un poco, señor Abram. Además, lamentaría que pudieran considerarle mi encubridor.

—No sé qué es peor, si ser su encubridor o ser su patrono. Pero es un riesgo que he de correr. Un riesgo pequeño, supongo, porque si le atrapan, usted no dirá que yo le he ayudado.

—Por supuesto que no lo diré.

—Está bien, en ese caso tenga. Aquí hay tres mil dólares. Creo que con ellos puede pasar una buena temporadita.

Lane susurró:

—Es demasiado, señor Abram.

—No, no es demasiado. Nadie sabe el tiempo que pasará hasta que usted descubra pruebas de su inocencia, Goddard, y no me gustaría que al terminarse la primera cantidad tuviera que venir a pedirme otra. Por eso cuento largo, ¿comprende? Mi ideal sería no tener que volver a verle, señor Goddard, y no se moleste por la franqueza.

—Prefiero que me hable así.

—Sí, descubierta y proclamada su inocencia, estuviera en situación de hacer un reportaje sobre lo ocurrido, eso sería la sensación del año. Entonces volveríamos a hablar. Puede que le diera una buena montaña de oro por el simple hecho de contar sus experiencias.

—Quizá, en el fondo, con todo esto está buscando un buen reportaje, señor Abram. Quiere que me rompa los cuernos en esta aventura para luego explicar a la gente lo que me ha pasado.

—Esa es una de las esclavitudes de la profesión que ha elegido, Goddard. También yo soy esclavo de lo mismo, de modo que aguántese. Y ahora va la segunda parte: usted necesita un sitio donde esconderse. No puede estar indefinidamente aquí.

—Por descontado que no. Pensaba pasar solamente un día en esta habitación, o quizá unas horas.

Abram le tendió una tarjeta.

—Tome.

—¿Qué dirección es esa?

—La de una antigua colaboradora del diario. Llevaba la página de modas, pero ahora no puede llevarla a causa de las circunstancias que

usted mismo verá cuando la conozca. A pesar de que no hace prácticamente nada por el diario, le sigo pagando el sueldo, razón por la cual me está muy agradecida. No puede negarme el favor de ocultarle a usted por unos días.

—Pero la comprometo y... —protestó Lane.

—Si llegaran a atraparle, diga que la ha obligado a tenerlo allí. Que la ha amenazado con matarla. Sólo con eso, y con un par de palabritas que yo le diga al fiscal del distrito, será suficiente para que no la lleven ante el juez. Naturalmente, espero que no le detengan, Goddard.

Lane apretó los labios.

Estuvo a punto de decirle que él no era Goddard, como creía el editor, si no Lane, un fugitivo de presidio. Estuvo a punto de contar un par de cosas que le hubieran puesto las orejas encarnadas al otro. Pero se calló porque eso lo hubiera echado todo a rodar. Abram, al fin y al cabo, y aunque fuera por móviles egoístas, le ofrecía protección, y él no estaba en situación de despreciarla.

—Si lograra probar que soy inocente, ¿cómo podría ponerme en contacto con usted, señor Abram? —musitó al cabo de unos instantes.

—Haga que ella me telefonee. *Ella,* la chica de la tarjeta. Me llama con cierta frecuencia al diario, de modo que a nadie le extrañará. Y otra cosa: ¿por qué le persiguen, Goddard? ¿En qué lío se ha metido?

—La verdad es que no lo sé.

—¿Van a intentar matarle otra vez?

—Tampoco lo sé. Hay momentos en que pienso que esto es una pesadilla. Que voy a volverme loco.

Lucius Abram chascó dos dedos.

—Le deseo suerte, amigo, porque la va a necesitar. Y, ahora, buenos días.

—Gracias, señor Abram. Le agradezco mucho todo lo que está haciendo por mí.

El editor del *Chronicle* se acercó a la puerta, y cuando ya tenía la mano en el pomo miró al joven de nuevo.

—Hay una cosa que me ha extrañado en usted desde el primer momento, amigo Goddard.

—¿Qué es?

—Su aspecto. Tiene usted una apariencia la mar de saludable, y hasta diría que atlética, mientras que, cuando me escribió para pedirme este empleo, porque le ilusionaba trabajar en Nueva York, me dijo que no tenía demasiada salud. Los informes que obtuve también daban la impresión de una persona más bien enfermiza.

Lane recordó súbitamente que, en efecto, el verdadero Goddard no había sido un hombre fuerte. Aunque alto y bien proporcionado, había algo en él que hablaba de tristeza, de salud perdida para siempre. Lane

pensó —sin ninguna alegría, por supuesto—, que todo podía irse al diablo por aquel detalle. Pero movió las manos, como disculpándose.

—Mi aspecto engaña —dijo—. Yo antes era un hombre incansable, mientras que ahora no puedo decir lo mismo. Pero no me gusta hablar de todos esos detalles, señor Abram.

—Lo comprendo. Y ahora le repito mis deseos: buena suerte.

Lucius Abram abrió la puerta y salió.

Lane consultó la tarjeta, una vez superado su momento de desorientación. La dirección allí indicada era la de un edificio de McDougal Street, en lo más característico de Greenwich Village. El único sitio de Nueva York donde, según parecía, iba a poder refugiarse en las próximas horas.

Resolvió ir, pero de todos modos no se dio prisa.

Saldría de allí de noche. La presencia del director del *Chronicle* en el hotel habría dado confianza al gerente, quien ya debía considerarle un periodista auténtico, y además de los de primera. De modo que resolvió esperar en el Manhattan.

Se hizo servir una comida ligera en la habitación y luego durmió hasta el anochecer. Cuando ya las sombras habían caído sobre la inmensa ciudad, salió, fue a conserjería del hotel y pidió abonar la nota.

—Está cargada al periódico, señor. No debe abonar nada.

—Muy bien, gracias.

Salió.

Tenía otra vez la sensación de que mil peligros le acechaban, de que materialmente *iban a por él.*

Pero resolvió olvidarlo.

CAPÍTULO VIII

Una serie de autobuses espaciosos y cómodos descienden desde el norte de Manhattan, desde el río Harlem, hasta las profundidades de Wall Street, junto al estuario del Hudson. Algunos de ellos terminan su recorrido en Washington Square, donde comienza, por decirlo así, una ciudad nueva, Greenwich Village, donde las calles no tienen número, sino nombre, y donde parece vivir una gente distinta.

Lane tomó uno de esos autobuses, tras comprar los periódicos de la noche y ver que en ninguno se reproducía su foto. Pensó que así le reconocerían con menos facilidad que si tomaba un taxi. Descendió en Washington Square, donde, junto al famoso arco, grupos de estudiantes blancos y negros discutían problemas políticos. Se introdujo en el dédalo de calles y buscó McDougal Street.

La dirección que figuraba en la tarjeta correspondía a una casa de dos pisos, de aspecto apacible, que estaba enfrente de un colegio parroquial. La parte de ese colegio que daba a la calle consistía en un enorme patio de alta cerca de alambre donde los alumnos debían jugar al béisbol en las horas de recreo. Naturalmente, ahora no había nadie en el patio, que solamente poblaban las sombras.

Lane iba a cruzar la calle, dirigiéndose hacia la casa, cuando una voz dijo junto a él:

—Goddard...

Lane se inmovilizó. Sus pies quedaron materialmente clavados en el suelo.

Le hablaban desde un pequeño portal situado justo a su espalda. No cabía duda de que, si le hablaban, era porque estaba encañonado ya. Volvió la cabeza apenas un momento.

Vio un individuo vestido de negro, con las manos metidas en una gabardina muy brillante. Muy cerca de él había un tipo más que sospechoso, lleno de joyas, que llevaba pantalones muy ceñidos y botas de montar que marcaban aún más sus formas.

Lane sintió como una náusea.

Mal asunto cuando intervenían aquella clase de tipejos. Eran los que cometían los crímenes más sádicos.

El de la gabardina bisbiseó:

—Vuelve sobre tus pasos, muñeco. No sabes el trabajo que tienes. Colócate junto a la verja.

El joven obedeció.

Aunque llevaba una pistola, arrebatada a uno de los frustrados asesinos de la avenida Ocho, no era este el momento de usarla. Había visto el bulto a un lado de la gabardina. Le estaban apuntando desde el primer

momento.

Cuando estaba junto a la verja del patio, las dos siluetas se despegaron del portal. El de la gabardina le empujó con el objeto metálico que llevaba bajo esta.

—Adentro.

Había una puertecilla en la verja, y le hicieron pasar por allí. No se distinguía luz en el inmenso patio ni en las ventanas del colegio. Un cobertizo bajo, que debía corresponder a vestuarios y duchas, se extendía a la derecha.

Empujaron la puerta.

Y entonces se encendió una luz en el interior.

Dentro había dos tipos más, que sin duda estuvieron esperando hasta aquel momento. Eran como el de la gabardina: sujetos grises, excelentes profesionales que mataban fríamente, sin emoción alguna, como el que hace balances de fin de año en un Banco.

Lane fue empujado contra la pared.

Cuatro manos le cachearon meticulosamente, mientras él tenía los brazos en alto. La pistola la encontraron enseguida, naturalmente, pero sus enemigos buscaban algo más. Lane se mordió el labio inferior.

Si eran los pendientes con el microfilme, estaban listos. Los había ocultado en una ranura que había entre la pared y el suelo de la habitación del Manhattan, una ranura casi imperceptible y contigua al radiador de la calefacción. Allí iba a ser muy difícil que les encontrase nadie.

Lane empezaba ya a saber que era eso lo que sus enemigos —los de la avenida Ocho y estos de ahora—, habían buscado desde el primer momento. Por tanto no le matarían hasta encontrarlo.

Era la mejor garantía que tenía Lane para seguir viviendo.

El sujeto de las joyas era el que más se había entretenido cacheándole. Lane ya no sabía si pegarle un puntapié en un sitio donde tal vez no encontraría nada o ponerse a pegar brincos de asco. Por fortuna para él, no tuvo que hacer ninguna de ambas cosas porque el tipejo se apartó pronto. Sus ojos sanguinolentos le miraban con una insólita fijeza.

—Tú tenías unos pendientes —masculló.

—Tú también tienes unos, muchacho —gruñó Lane—. Y te sientan como para quitarle a uno el apetito durante un mes.

—Basta de bromas. Dinos dónde los has metido.

—Quizá me los he tragado.

—Nadie se traga dos perlas de ese tamaño. Di dónde demonios están.

—Buscadlas, muchachos.

Los otros tres se acercaron. Le rodeaban formando un semicírculo. Lane estaba acorralado entre ellos y la pared, sin posibilidad ninguna de escapar.

Comprendió lo que iba a suceder. Como de un modo u otro tenían

controlados sus pasos, sabrían en qué sitios había estado y dónde, por tanto, pudo haber ocultado aquellas joyas. Sus palabras eran para ellos de una importancia solo relativa. Le matarían igualmente y luego se pondrían manos a la obra.

El de los anillos murmuró:

—¿Está todo bien cerrado?

—Sí. Nadie nos oirá desde la calle.

—¿Y desde el colegio?

—Tampoco. El edificio es enorme, y los religiosos viven en el otro lado. Aunque ese tipo se desgañite nadie va a escuchar sus berridos.

Los cuatro individuos rieron a la vez.

Y Lane comprendió lo que iba a suceder. En aquellos vestuarios había todo lo necesario para jugar al béisbol. Sobre todo bates.

Y a golpes de bate iban a matarle. Iban a darle una de las muertes más duras, más crueles que un ser humano puede imaginar.

Vio que cada uno de ellos tomaba una de las pesadas estacas.

—Es necesario que nadie te reconozca —dijo el de la gabardina brillante—. No, amigo. No dejarás ninguna pista.

—Podríais pegarme un tiro y luego... deshacerme ¡a cabeza a golpes. Sería más humano, ¿verdad?

—Tal vez... Pero nuestro método es más eficaz, muchacho. Quizá a mitad de la «fiesta» se te ocurra decirnos dónde guardas esas alhajas y el microfilme que había en ellas.

—En cuyo caso me mataréis igual. Es decir, seguirá la «fiesta».

—Puede que sí, puede que no. Eso, ¿quién lo sabe? Por eso te invitamos a que pruebes, muchacho.

Fue el invertido de las joyas el que primero descargó su golpe.

Lo hizo riendo, seguro de no fallar.

Descargó el bate no sobre la cabeza de Lane, lo que quizá le hubiera hecho perder enseguida el conocimiento, sino sobre su cuerpo. Se vio desde el primer momento que lo que querían era «ablandarle». Lane sintió un vivísimo dolor y creyó que se le habían hundido a un mismo tiempo todas las costillas del lado izquierdo. Vaciló.

Otro bate voló hacia él.

Ahora le alcanzó en el flanco derecho. Lane quedó súbitamente sin respiración.

Uno de los buitres masculló:

—Muy bien, ya basta. Ahora a la cabeza.

Un tercer bate voló, iniciando una trayectoria que podía ser mortífera.

Pero la cabeza de Lane ya no estaba en el mismo sitio.

El joven había comprendido que aquella era una lucha a muerte. Y se dispuso a hacer lo único que estaba en su mano: vender caro el pellejo que llevaba encima de sus huesos.

El bate pareció cuartear la pared. Desconchó uno de sus ángulos. Si llega a dar en la cabeza a Lane, lo liquida allí mismo.

El joven ya había velado materialmente, lanzándose en plancha.

Alcanzó en la cintura a uno de sus enemigos, rodando por el suelo con él. Se oyó una sarta de maldiciones mientras los otros levantaban sus bates.

Lane demostró que era un verdadero campeón. No en vano había sido profesor de lucha en un sitio que aquellos hijos de perra no habían oído ni nombrar. Tenía a su enemigo encima y lo lanzó por los aires.

No era fácil aquello, porque el individuo no parecía precisamente de los que pasan hambre. Pesaba lo suyo.

Chocó con los otros tres, que ya se lanzaban al asalto. Dos de ellos cayeron también al suelo, y solo uno quedó en pie.

Este descargó su bate.

Pero Lane había dado una vuelta sobre sí mismo y ya no estaba tampoco en el mismo sitio. El bate pareció hundirse en las baldosas del suelo. Lane lo sujetó.

Movió la pierna derecha y propinó detrás de la rodilla un golpe a su enemigo. Este vaciló, cayendo de costado, pero sin soltar el bate.

Lane ya se había puesto en pie de un salto.

Propinó un terrible puntapié al mentón de aquel adversarlo, como si no existieran los otros. Se oyó un siniestro crujir de huesos.

El individuo soltó el bate. ¡Claro que lo soltó! Un poco más y se pone a ver un partido de béisbol en el valle de Josafat. Su mandíbula había sido partida por el impacto. No murió, pero quedó sumido en el umbral de la muerte, en esa especie de somnolencia donde uno ya no se preocupa de los impuestos, ni de las mujeres, ni de nada.

Lane sujetó el bate.

Uno de los otros tres enemigos ya se había puesto en pie. Vaciló, mientras chillaba como una rata.

No había imaginado que ocurriera aquello con tanta rapidez. Intentó cubrirse inútilmente.

El bate le dio de lleno en la cabeza y le partió la base del cráneo. El individuo se desplomó como si le hubiera caído encima una tonelada de piedra. Quedó arrugado como un saco vacío.

Los otros dos decidieron no perder tiempo.

Las órdenes que tenían eran otras, sin duda. Pero empuñaron sus pistolas porque ahora ya se trataba de defender sus vidas.

Lane saltó hacia el otro lado de los vestuarios. Parecía un loco. Se movía con tanta rapidez que era casi imposible seguirle con la vista.

Dos balas mordieron la pared, donde unas fracciones de segundo antes había estado su cabeza.

Los disparos no debieron oírse más allá de las paredes. Lane vaciló,

estuvo a punto de caer, se enderezó al fin y se encontró en una gran nave donde había luchas. Empujó la pifia de una de ellas hacia el lugar por dónde acababa de entrar. Dio toda la presión al grifo de agua caliente.

Esperaba que a aquella hora funcionase también. Y que saliera hirviendo.

Lo había hecho a tiempo.

Uno de sus enemigos, dispuesto a disparar de nuevo, entraba ya por la puerta que acababa de usar él.

El chorro de agua hirviendo le dio de lleno en la cara. Instintivamente retrocedió, mientras chillaba y trataba de cubrirse el rostro.

Lane hizo entonces el siguiente gesto. Cortó el chorro del agua.

El paso le quedó libre. Movió el bate a través del hueco con una precisión matemática y una furia salvaje.

El otro, que aún se cubría la cara, lo vio llegar hacia él.

—¡Noooo!... —gritó.

Se oyó un chasquido sordo, y su cabeza se abrió en dos. El tipejo de las alhajas estaba detrás. Un verdadero hombre hubiera luchado al menos por su vida, pero él prefirió huir. Porque, como se dice en algunas películas, cualquier parecido entre un hombre y él era pura coincidencia. Fue a alcanzar la puerta.

Lane no podía permitirse ese lujo. Le dio un terrible golpe en la base de la columna vertebral, inmovilizándolo. Luego aplastó la punta del bate sobre su nuca.

Pareció como si al individuo lo hubieran apuntillado

Pegó un terrible brinco y cayó de pronto, arrugándose. Una vez en el suelo, quedó terriblemente inmóvil.

Lane apretó los labios.

Contempló el espectáculo desolador que aquellos vestuarios ofrecían a sus ojos.

Tres hombres estaban muertos, y su aspecto no resultaba precisamente estimulante. Si llegan a fotografiarlos con un cigarrillo entre los labios, la gente deja de fumar. Otro se removía medio inconsciente, tocándose la mandíbula con una mano y tratando de sacar una pistola con la otra.

Lane movió el bate otra vez.

Y ahora rompió con él la muñeca derecha, con cuya mano trataba su último enemigo de sacar el arma.

Se oyó un grito de dolor *y* el otro quedó también terriblemente quieto, babeando.

Lane se acercó a él.

Sus ojos entrecerrados eran como dos rendijas por las que parecía mirar la muerte.

El joven aún sostenía en sus manos el bate ensangrentado. En ellas era como la guillotina de un verdugo.

Su enemigo sabía que un solo golpe en la nuca bastaría para enviarle al otro lado de la gran frontera.

Lane musitó:

—Sólo tú puedes evitarlo, muchacho.

—¿Evitar… qué?

—Que me decida a jugar otra vez al béisbol… empleando tu cabeza como pelota.

—Dime… lo que he de hacer.

—Sólo soltar unas palabritas.

—¿Por ejemplo…?

—Por ejemplo, el nombre del tipo que os ha pagado para hacer todo esto.

—No… no nos ha pagado nadie.

—Muchacho, eso es una tontería que te puede costar la piel. Vosotros no me conocíais ni me odiabais. Vosotros no conocéis ni odiáis a nadie. Os ordenan matar y matáis. Por eso vuelvo a preguntarte: ¿quién os ha pagado? ¿Quién corre con los gastos de este festival benéfico?

El individuo lanzó un gruñido.

—Primero dime una cosa tú —balbució.

—Muy bien. ¿Qué quieres saber?

—¿Perteneces al FBI?

Lane lanzó una carcajada.

—Estás de broma, muchacho… ¿Yo pertenecer al FBI? Eso indica que no teníais ni idea de quién era el tipo que os habían ordenado matar.

—Sólo sabíamos que… que había que esperarte aquí, encontrar algo que debías llevar encima y luego liquidarte.

—¿Cómo sabíais que iba a venir aquí?

—Te hemos estado siguiendo todo el día.

Lane tragó saliva bruscamente.

—Cuerno, de modo que la cosa es aún más sería de lo que temía… Pero vosotros conocíais esta dirección. Lo teníais todo dispuesto sabiendo que vendría justamente a este lado de la ciudad.

El individuo cabeceó.

—Cierto…

—¿Por qué?

—Yo no soy de los que piensan. Yo solo actúo… Pero imagina que en ese asunto podía hacerse una deducción muy fácil.

—A ver, hazla.

—Supongo que es eso lo que pensó el jefe… Tú estabas trabajando en el *Chronicle*… Hoy, además, ha ido a verte el propietario del periódico.

—Veo que estáis muy bien informados. Sigue.

—Era natural que, si no te denunciaba a la policía ni hacía nada contra ti, lo hiciera a favor. Era natural, en fin, que te buscara un escondite.

Lane parpadeó.

Puede que a aquel tipo no le pagaran para pensar, pero sin duda pensaba.

—Sigue —farfulló.

—Ahí enfrente vive una antigua colaboradora del periódico. De modo que cuando hemos visto que tomabas un autobús en esta dirección, hemos deducido el resto. Nosotros hemos podido llegar un poco antes al usar un coche privado, y eso nos ha permitido prevenirlo todo.

Lane cabeceó con un gesto afirmativo.

—Perfectas deducciones, amigo. Y ahora dime quién es el que firma los cheques.

—Nosotros trabajamos para... para...

—Vosotros sois unos simples torpedos, unos tiburones, unos gorilas, unos asesinos a sueldo. No hace falta que me haga el artículo. Muy bien... ¿pero quién os paga?

—Se llama Clifford.

Lane no había oído jamás aquel nombre.

—¿Dónde vive?

—Tiene una villa muy elegante en... en... Bueno, la villa se llama Happy Hay. La encontrarás en la guía de teléfonos de Long Island.

El joven apretó los labios de nuevo.

Algo le decía que aquel gorila estaba muy asustado. Y que no le engañaba.

—Lamentaría que te hubieras equivocado de nombre, muchacho —susurró—. Lo lamentaría muy de veras. Y ahora voy a hacer una visita a ese jefe tuyo que nunca repara en gastos. Tú sal si puedes. Y avísale. Dile que voy a por él y que le pienso regalar una botonadura nueva para su camisa. Una botonadura de arriba abajo.

Lane tomó la pistola de uno de los muertos y se la remetió entre la camisa y el pantalón.

El caído jadeó espasmódicamente:

—Tú... tú no eres un simple periodista.

—Puede que no. Y dile eso también a tu patrono. A lo mejor te sube el sueldo el tío...

Fue hacia la puerta.

Lane cometió el error de pensar que el otro estaba demasiado asustado, que no tenía fuerzas para nada, que no iba a intentar jugárselo todo a una sola, a una última carta.

Cuando oyó aquel chasquido se dio cuenta de su error.

El otro estaba montando trabajosamente una pistola a su espalda. La sujetaba con su mano derecha rota mientras tiraba de la corredera con la izquierda.

El joven se pegó a la pared de un salto frenético.

Medio segundo después hubiera sido demasiado tarde. La bala le pasó rozando el pecho y arañó la pared medía yarda más allá. Lane tiró de la pistola que llevaba remetida entre la camisa y el pantalón.

Fue más rápido que su enemigo. Consiguió tirar una vez mientras que el otro aún no había apretado el gatillo de nuevo.

Su bala fue certera, casi increíblemente certera.

El proyectil penetró justo entre las cejas de su adversario, fulminándolo. El asesino se dobló hacia atrás. Quedó en una postura casi grotesca, sosteniéndose sobre sus rodillas, mientras resbalaba poco a poco.

Lane se pasó una mano por la boca.

Se sentía abrumado. Tenía la sensación en aquel momento de haber estado viviendo una pesadilla sin sentido. Pero la pesadilla había sido peor para los otros que para él, puesto que ocupaban el lugar que él debió haber ocupado.

Mal asunto cuando, por la mañana, los chicos del colegio fueran a jugar al béisbol. Sería una de esas sorpresas que uno no olvida nunca.

Claro que había que confiar en que alguna persona mayor entraría antes que ellos. En todo caso. Lane no podía sacar los muertos de allí. No podía hacer nada para borrar el espectáculo.

Lo que hizo en cambio fue limpiar sus huellas del bate que había utilizado y todos los demás objetos que pudo tocar. Luego salió, llevándose la pistola.

Miró hacia la calle.

Nadie se fijaba en él. A poca distancia, un predicador de una nueva religión, de las que tanto abundan en Norteamérica, sermoneaba junto a una bandera de las barras y estrellas. A su lado, un ayudante tocaba una corneta de vez en cuando, para remarcar ciertas frases. Todos los que pasaban estaban pendientes más de aquel espectáculo que del hombre que salía de un campo colegial de béisbol.

Lane cruzó la calle y se metió en el portal cuya dirección llevaba escrita. Pensó que eso era mejor que ir enseguida en busca del tal Clifford.

Necesitaba tiempo para ordenar sus pensamientos. No quería dar un paso a ciegas.

Se encontró ante unas escaleras alfombradas de azul que subían hasta una puerta muy bien pintada. Y tiró del cordón que hacía sonar una alegre campanilla.

Una voz femenina dijo desde el interior:

—Pase. Está abierto.

CAPÍTULO IX

La voz era musical y agradable. Más musical y agradable que la campanilla.

Lane empujó la hoja de madera.

Vio un vestíbulo más bien modesto, pero que seguramente fue de gran categoría en otro tiempo. Se apreciaban en las paredes las huellas dejadas por muebles y cuadros que ya no estaban allí. Determinados detalles, como por ejemplo la calidad de lo que quedaba, indicaban que las cosas ausentes no debieron ser malas de ningún modo. Allí vivía gente que en otro tiempo tuvo categoría e importancia, pero, por lo que fuera, aquella categoría y aquella importancia se habían esfumado en el aire más bien gris de la cruel Nueva York, que nunca ha perdonado el fracaso.

Después de apreciar todo eso, los ojos de Lane se posaron en la mujer que era, por decirlo de algún modo, el objeto más bello de toda la pieza.

Lástima que estuviera sentada en aquella silla de ruedas.

Era una mujer de líneas esbeltas, o al menos podía decirse que lo hubiera sido caso de poder ponerse en pie. Tendría unos veinte años. Los cabellos rubios le caían por un lado de la cara, que quedaba parcialmente oculto. Pero, ¿qué importaba? Lo que podía verse de aquella cara era para ponerse a pegar brincos. Sus ojos eran rasgados, sus labios de un intenso color rojo natural que nada tenía que ver con los productos de belleza que recomienda la televisión. Además la chica llevaba una falda cortita. Era lo que le faltaba, demonios.

Lane musitó:

—Quizá le sorprenda mi llegada.

—No, no me sorprende.

—¿La han avisado?

—El señor Lucius Abram ha telefoneado hará unas horas. Y me ha hablado de usted.

—¿Qué le ha dicho?

—Sólo que necesitaba estar aquí durante un breve tiempo. Una cosa discreta, me ha insinuado. El señor Lucius Abram no da nunca explicaciones detalladas. Pero el éxito de un periódico depende de saber a veces guardar silencio a tiempo, y por eso yo no pregunto nada.

Lane respiró hondamente. Después de la pelea y de la dramática tensión de momentos antes, se daba cuenta de lo cansado, de lo terriblemente cansado que estaba.

Pero al fin había encontrado un refugio.

Allí, al parecer, no le buscaría nadie.

Chascó dos dedos, tratando de hacer un gesto alegre.

—Le extrañará mi retraso —dijo.

—Sí. Le esperaba antes.

—Tuve cosas que hacer… Cosas de las cuales dependía mi porvenir, ¿sabe? Pero ahora ya he llegado y procuraré no causarle demasiadas molestias. Lo que, con franqueza, no esperaba es que… que…

Ella susurró:

—¿No le dijo que iba a encontrar una paralítica?

—No, no me lo dijo, aunque…

—¿Qué…? —bisbiseó ella.

—No, nada.

Lane recordaba las palabras del editor: «Cuando la vea comprenderá por qué no trabaja». Claro, ahora lo comprendía. Y era una lástima, porque la chica pudo haber tenido porvenir. Porvenir en muchos sentidos.

Susurró:

—¿Accidente de trabajo…?

—No. Enfermedad pura y simple. Enfermedad de las que acaban con la paciencia y con el dinero de cualquiera. Pero no me pregunte eso, señor Goddard. Me molesta hablar de mí, ¿sabe?

—¿Cómo conoce mi nombre?

—Lucius me lo dijo.

—Comprendo… Y me gustaría conocer el suyo.

—Me llamo Belinda.

—Celebro conocerla, Belinda… ¿Ha designado alguna habitación para mí?

—Desde luego. Y crea que no me ha causado ninguna molestia. La casa es grande.

Le señaló una de las puertas y luego hizo girar su silla de ruedas con la maestría de una experta. Una mujer en pleno uso de sus dos piernas no se hubiera movido con tal rapidez.

—Venga.

Lane la siguió asombrado. Se daba cuenta de que los brazos de la muchacha —y quizá también su alma—, atesoraban una enorme cantidad de energía. Vio que el resto de la casa, lo mismo que el vestíbulo, hacía pensar en épocas mejores. Huellas de muebles y de cuadros se marcaban en las paredes. La habitación que le habían designado daba a McDougal Street, pero tenía espesas cortinas que impedían se le viera desde la calle.

En ella no había más que una mesita y una cama de campaña, aunque en otro tiempo debió contener muebles de primera.

—Este será su dormitorio, señor Goddard. Y tiene un baño para usted solo.

Le señaló una puerta que se abría a su derecha.

—Belinda… ¿quién cuida de usted?

—Me puedo arreglar sola bastante bien.

—Pero tal vez yo…

—No, no trate de ayudarme, señor Goddard. Ignoro lo que se trae entre manos, pero por una serie de razones el señor Abram manda en esta casa, de modo que no puedo discutir sus deseos. Instálese a su gusto y olvídese de mí. ¿Quiere que me preocupe de pedirle comida?

—Pues... tal vez fuera lo mejor.

—¿No puede salir a la calle?

—No me conviene, ¿sabe?

Por primera vez asomó una leve sonrisa a los hermosos labios de la muchacha.

—Si no fuera un recomendado del señor Abram, pensaría que es un delincuente —dijo.

—Tal vez lo sea.

Ella se encogió de hombros.

—No me da miedo. Aquí no hay nada que valga la pena llevarse, y en cuanto a mí, no lo lamentaré mucho si resulta que es un maníaco y decide obsequiarme con media docena de puñaladas. Adiós, señor Goddard. Le deseo un feliz reposo.

Hizo girar de nuevo su silla y salió ágilmente de allí.

Lane quedó solo.

Durante largos minutos no supo qué pensar. Otra vez le parecía que aquello era un sueño, aunque un sueño muy distinto de los que había pasado hasta ahora.

Se tendió en la cama y cruzó las manos sobre la nuca. Intentó pensar para dar con una solución, pero sus pensamientos eran tristes, amargos, dispersos.

Por un momento tuvo el deseo de levantarse e ir al encuentro de Clifford. Pero no, no convenía precipitarse. Lo que haría sería dar cuenta de lo sucedido a Abram por medio de la muchacha. En cuanto ella apareciera por allí, le pediría que le telefonease.

Pero Belinda no volvía por la habitación cubierta de sombras. No se oía ni el leve chirrido de la silla de ruedas.

Lane encendió la luz —una luz rosada y cálida—, para no dormirse.

Pero poco a poco sus propios pensamientos le fueron venciendo. El sueño es una defensa que nos da la Naturaleza... Cuando nuestro cerebro no puede más y está a punto de estallar, tenemos la suerte de que sufra un *shock* o se vaya adormeciendo poco a poco.

Eso fue lo que le ocurrió a Lane.

Sus ojos se cerraron e insensiblemente fue quedando dormido, pero con un sueño lleno de alarmas, como el de un centinela.

CAPÍTULO X

Debía estar escrito que no pudiera dormir sin tener luego una sorpresa. Lane la tuvo al escuchar aquel rumor en la habitación. Como estaba atento, lo captó enseguida.

Abrió los ojos.

La chica estaba allí, pero lo que le extrañó fue no ver por ningún sitio la silla de ruedas.

Al joven le parecía verla aún como sumida en el centro de una neblina.

Ella se había sentado en un borde de la cama y había cruzado las piernas. La falda era muy cortita, y si alguna vez le preocupó lo que pudiera suceder con ella, ahora no le preocupaba en absoluto. Hacía una exhibición de pantorrillas y de lo que no eran pantorrillas, literalmente sensacional. Lane abrió mucho los ojos, claro, porque allí había detalles como para no perdérselos

Y entonces se dio cuenta de que no era Belinda.

Al principio había creído que era ella porque pensaba que no había ninguna otra mujer en la casa, y porque las dos eran jóvenes, bonitas, bastante parecidas y con los cabellos rubios. Pero ahora veía que no se trataba de ella. La que tenía delante era una mujer quizá un par de años mayor, vestida con bastante audacia y con los ojos quietos y claros como dos lagos de agua limpia.

Lane balbució:

—¿Quién es usted?

—Me llamo Lidia.

—¿Y qué hace aquí?

Ella apoyó un codo en la cama, reclinándose en ella y haciendo su exhibición todavía más inquietante. Desde su nueva postura, miró fijamente a Lane.

—Qué bromista eres... —bisbiseó por toda respuesta

—¿Bromista yo?

—No me dirás que has venido aquí sin saber que existía.

—Pues...

Y Lane no dijo más por no cometer una grave equivocación. ¿Qué sabía él, al fin y al cabo de la vida de Lucius Abram? Se dijo a sí mismo que era mejor callar

—Yo trabajaba en el *Chronicle —dijo* ella tranquilamente.

—Entonces eres...

—Hermana de Belinda.

—Y cuidas de ella, claro.

—Exacto. Ella no puede vivir sola. Me paso prácticamente la vida encerrada en esta casa. Cuando tú has venido era simple casualidad que yo

no estuviese aquí

Lane no se movió. Nadie se hubiera movido, caso de estar en su lugar. Tal como estaba, el paisaje turístico que admiraban sus ojos era de los que vale la pena no perderse.

—De modo que eras la cronista de modas —murmuró.

—Sí.

Lidia se acercó un poco más.

Para eso solo tuvo que mover un poco su ondulante cuerpo sobre la cama donde yacía Lane.

Este no adivinó lo que iba a suceder. La verdad fue que no lo imaginó siquiera.

Y sin embargo, ¡fue algo tan sencillo!

Los labios de la muchacha se posaron sobre los suyos La sorpresa le tenía inmovilizado.

Hasta ahora, cada vez que se despertaba habían intentado matarle. Era la primera ocasión en que le ocurría todo lo contrario.

La chica se retiró poco a poco, sin dejar de mirarle fijamente.

—Vaya... —susurró—. Creí que sería peor.

Y, dejando hundido en sus pensamientos al cada vez más asombrado Lane, se puso en pie y paseó por la habitación. Lo hacía cadenciosamente, moviendo sus maravillosas caderas. Sobre sus altos tacones, parecía una estatua vibrante puesta sobre un pedestal.

Se detuvo ante el espejo que ocupaba parte de una pared y pasó lentamente las manos por su propio cuerpo.

—¿No te gusto? —balbució.

—Mucho.

Ella se volvió y le dijo significativamente:

—Mi hermana ya duerme.

—Lidia... —musitó el joven, sentándose en un borde de la cama—. ¿De verdad eres, o has sido, redactora de modas?

—Claro que sí. ¿Quieres que dibuje un modelo?

—No... no es necesario.

—No pareces un chico muy decidido, Lane —musitó ella, pasándose las manos ahora por el largo y mórbido cuello.

—Tú no me conocías, Lidia.

—No.

—Por lo tanto no es natural lo que está ocurriendo entre nosotros.

—¿Y tú qué sabes?

—Yo conozco un poco de la vida, muñeca. Conozco más las cosas malas que las buenas. Todo eso del flechazo raramente ocurre en la vida real. Sobre todo el flechazo con consecuencias, como el que a ti te ha atravesado ahora.

Lidia no contestó.

Aquellas palabras parecieron resbalar sobre su piel fina y tersa.

Salió de la habitación, caminando sobre sus altos tacones, pero sin hacer ruido. Lane la siguió. Cualquier hombre lo hubiera hecho, porque la muchacha parecía hipnotizarle. De ella se desprendía un efluvio vital, una especie de magnetismo, quizá una especie de maldición que le arrastraba a uno a donde ella quería.

Avanzaron por un pasillo alfombrado, uno detrás de otro.

El chasquido del interruptor de la luz provocó una catarata de tonalidades rosadas en la habitación. Lane vio que el dormitorio de Lidia aún estaba mejor amueblado que el resto de la casa, pero se advertían detalles de que en otro tiempo fue de mayor calidad. Se adivinaba la pasada existencia de objetos de arte que ahora faltaban de sus lugares.

—Me has traído a tu terreno —dijo.

—Sí.

Bruscamente se encontró abrazándola. Pero ella estaba inmóvil, terriblemente inmóvil.

Después de haber empezado aquella aventura, parecía como si ahora no quisiese continuarla.

Lane notó aquella cosa tan extraña tan cálida y al mismo tiempo tan inquietante en sus ojos.

Fue al besarle los párpados otra vez.

¡Era el nacimiento de unas lágrimas!

¡La muchacha estaba llorando!

Lane la soltó de pronto, y entonces Lidia pareció derrumbarse.

Todas sus fuerzas la habían abandonado. Su poder de seducción, sus armas de mujer joven y bonita. Todo parecía haberse borrado en unos minutos. Lane la miró largamente, sin comprender.

Pero no le cabía duda: la muchacha estaba llorando. Y no lloraba de alegría precisamente.

—Lidia —musitó—, quizá será conveniente que hablemos, ¿no?

Ella no contestó.

—... Que hablemos como dos buenos amigos —insistió Lane—. Tú no me conoces ni yo te conozco a ti, y por lo tanto lo que ha ocurrido debe tener una causa. Sé que hay mujeres que... tienen de repente esos impulsos, y luego se arrepienten. Pero son pocas. Por mi parte no he hecho más que seguir el camino que tú misma me trazabas, y ahora lo lamento. Tal vez pudiéramos sincerarnos el uno con el otro. Valdrían la pena cinco minutos de conversación, ¿no crees?

Ella se estremeció.

—¡Déjame! —gimió—. ¡Déjame de una vez! ¡Vete! ¡Veteeee!...

Parecía como si fuera a sufrir un ataque de histeria.

Y Lane pensó que, por desgracia, debía estar ante una mujer de esa clase, debía estar ante una histérica. Lástima, porque la chica era bonita,

endiabladamente bonita, y en muchos aspectos valía la pena más que cualquier otra de las que Lane había conocido en su vida. Pero ya se sabe que los hombres somos unos desgraciados: cuando tropezamos con una chica que está bien de piernas, resulta que está mal de la azotea.

—¡Déjame! —pidió de nuevo ella, con voz rota.

Lane resolvió complacerla y salió de la habitación.

Una vez en la suya de nuevo, comprendió que necesitaba calmarse, romper los condenados pensamientos que ya habían empezado a afincarse en su cabeza y para eso nada mejor que una ducha fría. De modo que se desnudó, pasó al cuarto de baño contiguo y estuvo un buen rato bajo el chorro helado. Al salir de él ya se sentía mejor, pero con ganas de lanzar maldiciones.

Entonces se introdujo en la cama.

Necesitaba dormir, dormir pesadamente, hasta olvidarse de todo. Eso era lo único que podía hacer: olvidar…

Y tuvo suerte. Porque se durmió de tal modo que no se enteró ni siquiera del estrépito que armaron los policías cuando, al amanecer, fueron descubiertos los cadáveres de aquellos aficionados al deporte que se habían hecho matar en los vestuarios de un campo de béisbol.

CAPÍTULO XI

Lane despertó pesadamente.

Lo primero que hizo fue consultar su reloj y asombrarse de que ya fueran las nueve. No tenía por costumbre dormir tanto, pero lo de esa noche podía considerarlo una suerte, porque ahora se encontraba descansado y con capacidad para afrontar una jornada que podía ser decisiva.

Se acercó a la ventana y miró por un reborde de las cortinas.

Pudo apreciar que había un coche de la Metropolitana detenido en el campo de béisbol. Dos guardias muy altos, con pinta de irlandeses, paseaban con las manos a la espalda. Ningún niño jugaba en el patio, y todo hacía pensar que los cadáveres ya habían sido descubiertos.

Lane arrugó el ceño.

Menos mal que no se les había ocurrido investigar por las casas cercanas. Seguramente los policías pensaron lo más elemental: que el culpable de aquella carnicería no estaba cerca, sino bien lejos.

Volvió al centro de la habitación y se dispuso a vestirse. Pero ya al instante notó algo que le llamó la atención.

Sus ropas habían sido registradas.

A pesar de que la persona que lo hizo había tratado de obrar con el máximo cuidado, él notaba la presencia de una mano extraña. Comprobó, de todos modos, que no le faltaba nada, y terminó de vestirse.

No podía negar que sentía hambre.

Sería mejor que saliera de allí para tomar algo y, al mismo tiempo, para ponerse en movimiento. Porque había decidido ya ir al encuentro de Clifford.

Cuando una cosa hay que hacerla de todos modos, más vale hacerla pronto.

Salió de la habitación y en el vestíbulo encontró a Belinda.

La muchacha seguía sobre su silla de ruedas. Tenía una mirada quieta, hierática, que era casi la mirada de una esfinge. Ni siquiera parpadeó cuando vio acercarse a Lane.

—¿Dónde está tu hermana? —preguntó él.

—Ha salido.

—Creí que nunca te dejaba sola.

—Me deja sola muy pocas veces. Pero hay que comprar, hay que hacer cosas fuera de aquí... Mientras yo estoy inmovilizada en esta silla de ruedas, la vida continúa.

—¿Y no sabes adonde ha ido?

—Supongo que estará cerca de aquí. ¿Quieres que te prepare una taza de café? Lo tengo recién hecho.

—No, gracias, prefiero salir.
—Como quieras.
Lane la miró con interés.
—No te pareces demasiado a tu hermana —dijo—. No comprendo cómo puedo haberos confundido.
—Ella es dos años mayor que yo.
—Una especie de hada madrina, ¿eh?
—Sí, una especie de hada madrina... Lidia lo daría todo por mí. Haría cualquier cosa para que yo volviese a ser como fui antes.
—¿Y no hay esperanzas de que eso ocurra?
—Sí, pero hace falta dinero. Estamos gastando una barbaridad. Lo que hemos gastado es ya incalculable.
Lane recordó el registro de sus ropas. ¿Buscaba Lidia dinero? No, porque él tenía todo lo que le dio Abram, y ella ni siquiera lo había tocado. Entonces, ¿qué buscaba?
—Es una verdadera lástima que Lidia tuviera que dejar su empleo para cuidar de ti —murmuró.
—Sí, pero el señor Lucius Abram nos sigue pagando. Lane chasqueó dos dedos.
—No obstante lo cual habéis tenido que ir vendiendo todos los objetos y muebles de valor que había en esta casa, ¿verdad?
—En efecto. Mi curación es muy costosa. A veces pienso que no valgo todo lo que Lidia está haciendo por mí.
—Quiero hacerte una pregunta indiscreta, Belinda.
—Está bien... Hazla.
—El señor Abram, ¿exige algo a Lidia a cambio del sueldo que le sigue pagando?
—¿Qué quieres decir?
—Pues...
Ella comprendió de repente. Y sus ojos relampaguearon.
—Cerdo —se limitó a decir.
La palabra avergonzó a Lane como una bofetada en pleno rostro. Parpadeó confusamente y fue hacia la puerta, batiéndose en retirada.
Una vez en la calle, su confusión aumentó. Le pareció que los policías de guardia le miraban solo a él, cuando en realidad no estaban mirando a ninguna parte. Hizo entonces lo primero que tenía que hacer: dirigirse a un puesto de periódicos para comprar uno de los ejemplares aparecidos aquella mañana.
Vio que en la primera página de casi todos ellos aparecía la misma cara. Era una cara que él conocía muy bien. Y debajo una palabra que recordaba los viejos y buenos tiempos del Oeste: «WANTED».
El *Chronicle* era el único que no publicaba aquella foto.
Lane dobló el ejemplar y se atrevió a pasar por las mismísimas narices

de los dos policías con pinta de irlandeses. Claro que podía hacerlo. No lo buscaban a él. Buscaban al individuo de la foto.

En la esquina, se fijó con detalle. Claro que conocía bien aquel rostro. Era el de Goddard. El periodista californiano tenía allí el mismo aspecto joven pero un poco enfermizo con el que lo conoció en el tren. Y a él, o sea a Goddard, se atribuía todo lo ocurrido al otro lado del país, en la populosa Nueva York.

Todo aquello delataba una falta de sincronización evidente entre una serie de organismos oficiales. Pero la falta de sincronización era lógica, dadas la distancia y la diversidad de personas que habían intervenido en aquel *affaire.*

Recordó lo que le había dicho Abram: la foto de Goddard había sido pedida a la delegación de la agencia periodística UPI en San Diego, California. Allí tenían una muy mala, casi irreproducible, pero en cambio en el Sindicato había una muy buena que fue enviada por radio. El fiscal del distrito debió retenerla unas horas en Nueva York, hasta que autorizó su publicación en todos los periódicos.

Terminarían dándose cuenta de que aquel tal Goddard era uno de los hombres que aparecieron muertos en el expreso descarrilado, y entonces empezarían a atar cabos y le buscarían a él, al maldito Lane. Pero, por el momento, aquello no había sucedido aún.

Había, sin embargo, un puñado de personas en Nueva York que ya sabían que él no era Goddard y que estaba suplantando su personalidad. Entre esas personas figuraba, en primer lugar, Lucius Abram, que ahora estaría maldiciendo y que por eso no había hecho publicar la fotografía en su diario; estaba el redactor jefe del *Chronicle;* estaba Lidia, si es que había comprado, como era lógico, algún diario de la mañana.

Toda aquella combinación de licores formaba un cóctel que estallaría de un momento a otro, pero por lo menos él podía moverse por Nueva York, y podría moverse aún durante algunas horas. Por lo tanto decidió aprovecharlas para dar con Clifford.

En el mismo Greenwich Village buscó un establecimiento donde alquilaran automóviles.

Tenían allí numerosos modelos deportivos, a gusto de los consumidores del barrio, artistas y gentes con cazadora de piel que no querían saber nada con los coches clásicos. Lane eligió un «Triumph» inglés.

Como depositó fianza doble y dio el domicilio de Lidia, que era conocida en el barrio, no le exigieron la documentación. De modo que unos minutos después Lane salía con su bólido, llevando la capota puesta.

Maniobró a poca velocidad por las calles estrechas de Greenwich Village, pues no podía arriesgarse de ningún modo a que le echaran el guante por provocar un accidente de tráfico.

Y así, gracias a su escasa velocidad, pudo ver perfectamente a Lidia. La

muchacha venía a su encuentro, caminando por la acera sobre sus altísimos tacones y balanceando sus caderas de diosa. Los hombres y las mujeres la miraban: unos con deseo, otras con secreta envidia. Lane se sumó inmediatamente a los que la miraban con deseo.

¡Infiernos, qué mujer!

¿Cómo había podido resistir él la diabólica tentación, la noche anterior, cuando se conocieron?

Ella llevaba una bolsa de papel en la que sin duda estaban contenidas sus compras de aquella mañana. Belinda, pues, no le había engañado al explicarle los motivos de su salida.

Lane detuvo el coche y abrió la portezuela del lado por el que caminaba Lidia.

La llamó:

—¡Lidia! ¿Qué haces aquí?

Ella parpadeó, deteniéndose.

—¿Y tú? ¿De dónde has sacado ese coche?

—Sube.

—¿Por qué he de subir?

—Tengo que hablar contigo.

—Yo, no.

—¡Sube, infiernos!

La asió de una mano y tiró de ella. Lidia, su bolsa de papel, sus hermosas piernas y sus zapatitos de alto tacón, fueron a parar de golpe dentro del coche. Tampoco aquella diosa de carne tuvo tiempo para preocuparse de la comprometida posición de su falda. Lane empezó a ver curvas por todas partes. Le dio la sensación de que el volante empezaba a girar solo.

—¡Salvaje!

—Sentiría haberte hecho daño, Lidia.

—¿Qué es esto? ¿Un rapto?

—Sólo un pretexto para que tú y yo tengamos una agradable conversación.

Y arrancó. Unos instantes después ya había dejado atrás el barrio alegre y se encontraba en Washington Square. Subió a buena velocidad por la Quinta Avenida.

Lidia permanecía con los labios apretados, sin decir una palabra. Había encogido sus piernas y bajado hasta límites increíbles su falda, tirando de ella. Lane casi se lo agradeció, porque si llega a ver lo mismo que al principio, se mete con coche y todo en un ascensor del edificio Rockefeller sin darse cuenta.

Llegaron hasta el Norte sin decir una palabra; atravesaron el río Harlem y salieron así de Manhattan. La gran ciudad iba quedando atrás y sus edificios se espaciaban poco a poco. El tráfico era cada vez menos intenso,

aunque seguía siendo abundante. A un lado y otro de la carretera se veían prados e incluso bosquecillos.

Al fin ella estalló:

—¿Qué te has creído? ¿Qué soy tu prisionera? ¿Adónde infiernos me llevas?

—Este es un buen sitio —dijo Lane, girando el volante con rapidez.

El bólido dio un par de saltos y se adentró en un bosquecillo. Una vez allí, a cubierto de las miradas de los que pasaban —y sobre todo de los patrulleros de la policía—, el joven frenó.

—Tenía que hablarte, Lidia.

—¿De qué?

—En primer lugar he de decirte que no me interesan en absoluto tus piernas. Puedes meterlas en un museo para que la gente las mire. Para que los hombres se suban por las paredes, entusiasmados, y para que las mujeres digan que no valen tanto la pena. A mí me tiene sin cuidado, de modo que todas las exhibiciones van a estar de más.

—No pensaba hacer ninguna —dijo ella agriamente—, de modo que frena tu imaginación del mismo modo que has frenado este cacharro.

—Muy bien... —Lane tuvo que reconocer que todo aquello le decepcionaba en el fondo un poco—. Entonces, aclaradas las cosas entre los dos, podemos hablar. ¿Quieres decirme por qué tratabas de marearme anoche?

—¡Vete al diablo!

La muchacha estaba de nuevo a punto de llorar. Sus ojos chispeantes, mitad avergonzados mitad furiosos.

—Muy bien, dejaré eso para el final, aunque casi imagino la respuesta: lo que querías era tener una buena oportunidad para registrar mis ropas. Lo mismo que hiciste por la noche, mientras dormía, ¿no? ¿Por qué?

Lidia vaciló.

Sus labios temblaron al susurrar:

—Yo no he registrado nada.

—Mientes, muñeca.

—Estás diciendo tonterías.

—Tonterías o no, yo sé por dónde ando —masculló Lane—. Conozco muy bien la manera cómo dejo mis ropas, y anoche alguien las tocó. O fuiste tú o fue tu hermanita Belinda. Yo creo que Belinda no ha sido, porque ella hubiera hecho ruido con su silla. Tú, en cambio, no. Te bastaba andar descalza. Además, Belinda se ha comportado de un modo natural, mientras que tú no te has comportado de un modo natural ni de lejos.

Ella entrelazó los dedos nerviosamente.

Ya se había olvidado de la posición de su falda. La muy condenada tenía una enorme propensión a irse hacia arriba, como los precios. Lane tuvo que apartar los ojos.

—Yo te diré lo que buscabas —susurró él—. No buscabas dinero. No buscabas tampoco la pistola que llevo remetida entre la camisa y el pantalón. Buscabas unos pendientes de perlas. ¿Me equivoco?

Ella se estremeció brutalmente.

Y solo por aquel estremecimiento supo Lane que había dado en el blanco de lleno.

—Dentro de esos pendientes había un microfilme —siguió él, implacablemente, dispuesto a remachar el clavo—. Te confieso que ni siquiera lo he visto con detalle ni sé qué importancia tiene, pero a juzgar por los hechos esa importancia debe ser mayúscula. Por lo que fuera tú deseabas hacerte con el microfilme, pero te llevaste un chasco porque yo no llevo las joyas encima. ¿Qué? ¿Voy bien encaminado o he empezado a patinar, muñeca?

Los hermosos labios de Lidia temblaron.

No contestó.

Por el contrario, hizo una pregunta con voz ronca:

—¿Quién eres en realidad?

—Eso no importa ahora. Soy yo quien examina, nena. Tú limítate a contestar.

—No contestaré nada hasta que me digas quién eres.

—Has leído los periódicos, ¿verdad?

—Siempre los leo.

—Y has encontrado en las primeras páginas una cara que no es la mía. La cara de un hombre joven y bien parecido, pero con cierta pinta de enfermo o, al menos, de no ser feliz. Y debajo estaba el nombrecito: Goddard. Tú has pensado: «¡Pero si este no es el Goddard que yo conozco!»

Ella asintió.

—Estás suplantando la personalidad de ese periodista californiano. Lamento de verdad no haberme dado cuenta antes.

—Antes o después lo mismo da, puesto que no ha ocurrido nada importante. ¿Hubieran resultado las cosas distintas caso de ser yo el verdadero Goddard?

—No.

Y Lidia se volvió bruscamente, agresivamente, hacia él.

—¿Quién eres en realidad? —murmuró.

—Te vas a reír cuando lo sepas.

—Quizá no me ría. Quizá me ponga a lanzar gritos.

—Soy un fugitivo de presidio.

Ella palideció. Sus dedos temblaron ostensiblemente en el borde mismo de la falda.

—Debí imaginarlo —farfulló.

—Mi auténtico nombre es Lane.

—Sigue.

—¿No tienes miedo ahora? ¿No tiembla todo tu hermoso cuerpo de diosa, al saber quién soy? —preguntó él burlonamente.

—Te he pedido que siguieras. No me preguntes nada.

—Muy bien, entonces ahí va el concierto entero: soy un fugitivo de presidio. Me trasladaban desde San Francisco a Nueva York en conducción ordinaria, para ser sometido a un interrogatorio, esposado al agente que estaba encargado de mi vigilancia. Pero el expreso descarriló cuando cerraba la noche. De los tres que estábamos juntos, yo fui el único que tuvo la suerte de quedar con vida.

—¿Los tres...? —se extrañó ella.

—El tercero era Goddard, el hombre que no parecía feliz. Goddard trabajaba en la delegación de la agencia periodística UPI, en San Diego. Había conseguido trabajo en Nueva York y eso parecía abrir nuevos horizontes en su carrera, pese a lo cual era cualquier cosa menos un hombre satisfecho. Se acercó a mí al ver que iba esposado en el vagón semivacío. Fue un simple interés humano lo que le impulsó. El tal Goddard debía ser un sentimental, debía ser un buen tipo.

Se puso nerviosamente un cigarrillo entre los labios, pero no se acordó de encenderlo.

—A todo esto empieza la fiesta grande —continuó—. El tren se va al diablo y yo me encuentro esposado a un muerto y en compañía de otro que lleva una documentación muy suculenta. Lo que hago puedes imaginarlo. El detective llevaba una hermosa llave para abrir las esposas. No necesito darte más detalles.

Ella cerró un momento los ojos.

Todas aquellas palabras parecían haber ido clavándose en su cerebro una a una.

—¿Por qué te habían encarcelado? —musitó al fin—. ¿Qué eres? ¿Un ladrón? ¿Un asesino?

—Un asesino.

Lidia tembló claramente ahora.

Pero no hizo nada por salir del coche, como si supiera que era inútil, después de todo.

—Quizá convenga precisar —murmuró Lane—. Soy un asesino a sueldo del Gobierno. En este tiempo parece que hacemos falta, y que ningún país poderoso es capaz de pasar sin nosotros.

—¿Quizá eres... un federal?

—No, no pertenezco al FBI. Ni tampoco al Departamento del Tesoro. Ni a la CIA. Soy algo más y algo menos que todo eso. Pertenezco a un grupo muy limitado de buitres, de tiburones o de hienas, como quieras llamarnos. Somos aproximadamente una docena en todo el país. ¿Misión? El Gobierno nos paga para enseñar a matar a los agentes del FBI, a los del CIA y a los miembros del Servicio Secreto en general. He dado ese tipo de siniestras

clases en muchos sitios de los Estados Unidos, y siempre en privado. Todos esos golpes que liquidan a un hombre en menos de un segundo; esas caricias que deshacen una bóveda craneana; los golpes de codo que le hunden a uno las costillas y las presiones de antebrazo que te estrangulan sin darte tiempo ni para rezar, son mis herramientas de trabajo. A cambio de eso, el Gobierno me pagaba bien. Ah, y además me daba toda su confianza.

—Entonces, ¿por qué fuiste a la cárcel?

—Protegí a un fugitivo. Era un agente amigo mío cuya mujer había transmitido secretos al exterior. Él no lo hizo; él era inocente. Fue la palomita que tenía en su dormitorio la que emprendió el vuelo llevando en el pico una información que valía medio millón de dólares. Y como él no la denunció, le acusaron de complicidad. Eso significaba la expulsión y su docena de años de cárcel.

—¿Y tú le ayudaste?

—Le permití nadar solo unos días. En fin, fue un gesto romántico y deliciosamente inútil. Le echaron el guante igual, y encima me lo echaron a mí. Iban a expulsarle y condenarme a tres años cuando pedí hablar con el fiscal general, en Nueva York o en Washington. Estaba seguro de que así se aclararía todo. Por eso me trasladaban cuando ocurrió el accidente.

—¿Y por qué no te entregaste enseguida?

Lane rio sin ganas, con una sorda amargura que parecía llegar del fondo de su alma.

—Amiga mía, tú eres una palomita que nunca ha estado en la jaula —susurró—. Uno no sabe lo que vale la libertad hasta que la pierde. Mientras me veía esposado a un cadáver, comprendí que quizá en Nueva York no se resolvería nada y que volverían a enchironarme otra vez. Tenía la libertad en mis manos, y la tentación de no soltarla fue tan fuerte que no pude resistirla. Por eso hice lo que hice.

Dio un suave golpe al volante y añadió:

—Ahora ya lo sabes todo. Sabes de qué color tengo mis plumas de buitre. Y si me preguntas por la señora Wodman, la que murió en el hotel Pierre, te aseguro que no la maté. He ido dejando, en cambio, a mi paso, una larga estela de muertos, porque no me ha quedado otro remedio. Los del campo de béisbol, enfrente de tu casa, han sido mi última creación artística. Pero por desgracia no he terminado aún.

Lidia dijo con un soplo de voz:

—¿No...?

—Tengo que encontrar a un pajarraco llamado Clifford. ¿Le has oído nombrar?

—Nunca.

—Es posible que ese pajarraco tenga unos cuantos pajaritos en torno suyo. Es posible que tenga que llenar unos cuantos ataúdes más. Pero eso

no es asunto tuyo, muñeca. Por eso voy a pedirte que me dejes solo.

Y abrió la portezuela para que ella bajara.

Lidia le miró con asombro.

Todo el reducido espacio del coche deportivo parecía estar lleno de la presencia obsesionante de la mujer.

Pero se aguantó. Lo único que hizo fue cerrar la portezuela de nuevo.

—Lo he pensado mejor —susurró—. Te dejaré en la carretera para que hagas *auto-stop* hasta Nueva York. No creo que te sea difícil.

Y maniobró, saliendo del bosquecillo y brincando por el prado hasta detenerse en la cinta asfaltada. Allí ella se apeó.

Lane no quiso mirarla. Sabía que tal vez no la vería nunca más.

Arrancó, dejándola al borde de la cinta. Su alta, su majestuosa figura, se fue perdiendo poco a poco en la distancia. Pero aún así pudo ver cómo ella hacía señas a un coche gris para que se detuviese.

Al alzar la mano derecha y agitarla un poco, el vestido tiró y también se subió un poco la falda.

El coche se paró. ¡Claro que se paró!

Lo malo fue que los diez que venían detrás estaban también mirando a la chica y no las luces de *stop* del que iba delante. El choque en cadena fue de los que hacen época. Todo el mundo empezó a bajar y a pegar gritos. Según los entendidos, hubo allí más tortas que en la batalla de Gettysburg.

CAPÍTULO XII

Una de las cosas más características de las autopistas norteamericanas, aparte su solidez, su excelente construcción y su eficacia, son esa especie de poblados que de vez en cuando aparecen en sus márgenes, y que son una serie de atractivos edificios dedicados íntegramente al servicio de los automovilistas. En torno a la estación donde se expende gasolina y se atiende el coche, hay por lo menos un gran bar, un motel, un botiquín, un teléfono y a veces hasta un baile y un cinematógrafo.

También suele haber un guardia dispuesto a multar al primero que se desmande, pero de eso las guías turísticas no dicen ni palabra.

Lane llegó a uno de esos centros, camino de Boston. Detuvo el coche, entró en el *snack bar* y pidió un par de platos fríos para recuperar fuerzas. Después de la segunda taza de café se dirigió a la cabina telefónica.

Consultó la guía del Estado de Nueva York.

Sólo había un Clifford que viviera en una finca llamada Happy Day, o sea «día feliz». Tenía que ser el pajarraco que él buscaba. Pero a Clifford no le esperaba ningún día feliz, a pesar del nombrecito dado a sus posesiones.

Claro que ya estaría preparado.

Se habría enterado de la matanza del campo de béisbol y estaría esperando que el falso Goddard apareciera por allí para asarlo en una barbacoa e invitar a filetes a todos sus compinches.

Lane contaba con eso. Y semejante perspectiva no le produjo ni el menor estremecimiento.

Consultó luego una guía de carreteras y comprendió que tenía un buen camino para llegar hasta allí, empleando una serie de rutas secundarias. De modo que puso manos a la obra.

Se sentó de nuevo al volante del «Triumph» y condujo hábilmente por entre el dédalo de carreteras que cruzan el norte del Estado de Nueva York, hasta llegar a los dominios de Clifford. Vio el Happy Day desde una colina, cuando sobre el paisaje ya empezaban a flotar unas prematuras sombras. Era algo así como una primitiva granja habilitada para vivir en ella a todo lo grande. Clifford, a costa de los trabajos encargados a sus pistoleros, debía ingresar más dólares que el presidente de los Estados Unidos.

No había allí una casa, sino tres. Una era muy lujosa, casi exageradamente lujosa, y las otras estaban muy bien simplemente. Se notaba que eran edificios auxiliares, al servicio del Happy Day.

Lane reflexionó durante unos instantes.

Estaba llegando el crepúsculo, o sea, una buena hora para acercarse allí. Claro que no podía hacerlo en el coche, de modo que lo dejó oculto

entre unos arbustos de la colina y siguió a pie. La pistola que llevaba remetida entre la camisa y el pantalón le daba una cierta seguridad. Notaba en el vientre su tranquilizador contacto a cada paso que daba.

Claro que él confiaba en sus manos casi tanto como en aquella ruidosa arma de fuego. Al fin y al cabo sus manos habían sido especialmente entrenadas para matar.

Avanzó por entre los matorrales, ocultándose cuidadosamente y saltando por los calveros, como un soldado que se aproxima a la posición enemiga. La distancia que le separaba de los edificios disminuía rápidamente, al descender Lane la colina. Pensó que no iba a tener tropiezos hasta llegar al final, donde había una cerca.

Pero esta vez pecó de optimista.

Porque una voz, cuando estaba a punto de llegar a aquella cerca dijo bruscamente:

—Te estoy apuntando con una metralleta, amigo. De modo que deja ya de hacer la liebre y ponte en pie, con las manos en la nuca. Como si te hubieran pegado un porrazo allí mismo...

Lane tragó saliva.

* * *

Volvió un poco la cabeza, antes de obedecer, por si aún le era posible intentar algo, pero enseguida vio que era inútil. El individuo que le había hablado estaba agazapado en un escondite o puesto de vigilancia apenas a cinco pasos. Y era verdad que llevaba una metralleta.

Lane susurró:

—No imaginaba que estuvieses aquí.

—Ya he notado que no lo imaginabas, pichón. Acércate.

Lane se acercó.

Lo hizo lentamente, midiendo cada movimiento de sus músculos y disponiéndose a pasar a la acción.

El tipo de la metralleta estaba muy confiado. Sabía que podía triturarlo con una ráfaga. Sus ojillos brillaban divertidos mientras Lane recorría lentamente los cinco pasos que le separaban de él.

—Parece que Clifford me esperaba —dijo el joven

—Clifford sabe muy bien la clase de pajarraco que eres. Por eso no ha querido estar desprevenido.

Lane murmuró:

—Llevo una pistola.

—¿Dónde?

—Entre la camisa y el pantalón.

Bajó la mano derecha, se desabrochó la americana con tranquilidad y mostró el petardo.

—Muy bien... Arrójala a mis pies. Pero sujetando la culata con dos dedos solamente.

Lane obedeció.

Sujetó la culata solo con dos dedos.

Pero en lugar de arrojar la pistola al suelo, lo que hizo fue lanzarla a la cara de su enemigo. El movimiento fue inesperado, brutal y, sobre todo, fulgurante. El otro no tuvo tiempo ni de apretar el gatillo.

Claro que la pistola, dándole en la cara, no le produjo más que un brusco dolor. De ningún modo le hubiera dejado sin conocimiento. Lo que le puso KO fue el terrible puntapié que recibió su mandíbula cuando aún no se había rehecho de la sorpresa inicial.

Lane tenía la distancia y el tiempo bien medidos, y además era maestro en el arte de sincronizar aquella clase de golpes. Vio que su enemigo vacilaba con los ojos en blanco. Entonces movió el brazo derecho, propinándole su decisivo golpe de flanco en el pabellón nasal.

Todo el cuerpo del pistolero sufrió una sacudida.

Hasta sus huesos más sólidos produjeron un chasquido. Dio una vuelta sobre sí mismo y cayó de bruces pesadamente.

Lane ya no se preocupó más de él.

Sabía que tenía la caja craneana hundida. Sabía que estaba muerto.

Miró en torno suyo, mientras se agazapaba.

Confiaba en que nadie, desde la casa, habría advertido lo sucedido. Por fortuna las sombras le protegían. Pero pensó que alguien debía controlar por fuerza los distintos puestos de vigilancia establecidos en torno a los edificios.

En efecto, escuchó un leve zumbido.

Era como un timbre en sordina que enviaba un sonido parecido al del vuelo de un abejorro.

Lane miro hacia el cadáver y descubrió en sus proximidades lo que originaba aquel sonido. Era una línea telefónica portátil conectada a un pequeño zumbador. Todo aquello estaba oculto entre los matorrales, de modo que no lo hubiera visto de no ser por aquel sonido insistente.

Descolgó el teléfono.

No tenía ni idea de cómo era la voz del hombre al que acababa de matar, porque las pocas palabras que le oyó no habían quedado grabadas en su memoria. Pero necesitaba arriesgarse.

Desde el otro lado de la línea, alguien gruñó:

—¿Qué pasa? ¿Por qué no contestabas?

—Todo normal —dijo Lane.

El otro no debió notar nada anormal en la voz, ya que Lane había empleado solo dos palabras.

—Pero, ¿no estabas en tu puesto? —insistió.

—Paseaba por la zona.

—Debes ir con más cuidado. El radar ha detectado un coche. Puede ser una casualidad o puede que alguien se acerque aquí. De modo que anda

listo o te van a volar las orejas.

Lane no contestó.

Colgó el teléfono lentamente.

Demonios... Radar y todo...

Claro que eso no debía extrañarle en un millonario como Clifford. Hasta los más modestos jefes de la Mafia tenían ya radar en sus fincas de recreo. Y esos jefes debían ser pordioseros al lado de Clifford, que sin duda mandaba verdaderas manadas de pistoleros para que actuasen de un lado a otro del país.

¿Cuántos hombres tendría para protegerle? Lane no se atrevió ni a hacer un cálculo de esa clase. Se estaba metiendo en la aventura más loca de su vida, y era mejor entrar en ella con los ojos cerrados.

Por lo pronto había conseguido algo que sin duda nadie consiguió antes que él: acorralar a Clifford. Tomar la ofensiva después de haber dado vacaciones forzosas a todos los pistoleros que enviaron contra él.

Siguió avanzando hasta la valla, pero ahora arrastrándose por el suelo.

Las sombras le protegían. Era imposible que alguien le viera a más de cinco pasos de distancia.

Miró con atención la valla, porque sospechaba que allí podía haber una nueva trampa.

Esa valla era de madera, y por lo tanto no parecía ofrecer ningún peligro, pero los agudos ojos de Lane distinguieron el cable que pasaba casi a ras de suelo, y que sin duda había sido colocado pocas horas antes.

Cualquiera que saltase la valla tenía que tropezar forzosamente con aquel cable. Y Lane se hubiera jugado la cabeza a que por allí pasaba una corriente de doce mil voltios.

Siguió arrastrándose y llegó hasta la valla. Se encaramó a ella, aun a riesgo de que le vieran, y saltó. Sus pies fueron medio palmo más allá de donde estaba el cable.

Caso de haber saltado el obstáculo a la manera atlética, es decir como un corredor de ciento diez metros vallas, sus pies se hubieran enredado con el cable indefectiblemente. Así, en cambio, lo dejó atrás sin sufrir el menor daño.

Desde allí hasta el lujoso edificio central había solo unas cincuenta yardas, pero estas eran de terreno despejado. Lane comprendió que era indefectible el que le viesen, de modo que decidió no ir agazapado porque eso sería como condenarse a muerte. Avanzó tranquilamente, como un centinela que vuelve a su puesto.

Nada ocurrió.

A cada paso que daba, Lane sentía la angustia de la muerte, porque sabía que más de una metralleta le estaría apuntando. Si le reconocían estaba listo. Su única defensa consistía en que, entre las sombras, su figura se distinguiría apenas como un bulto negro. Y, por otra parte, los de la

casa nunca creerían posible que un enemigo se atreviera a avanzar así.

Pero de pronto Lane recordó un detalle.

Fue algo que le heló la sangre en las venas. Y de pronto se dio cuenta de que iba a morir.

El enemigo que le sorprendió antes, el que ahora estaba muerto, llevaba un pequeño aparatito tras el oído, como los empleados para corregir la sordera.

Y ahora se daba cuenta Lane de que la utilidad de aquel objeto estaba muy clara. Sencillamente, era un pequeño receptor de radio para captar órdenes en cuanto se alejara de la línea telefónica directa.

Todos los que vigilaban la casa debían llevar lo mismo. Se suponía que él lo llevaba también.

Debían estar dándole órdenes desde la casa, órdenes que él no captaba de ningún modo. Eso sería suficiente para que se dieran cuenta de que era un intruso. Y decidirían enviarle al infierno!

Mientras esos pensamientos pinchaban en su cerebro, sus músculos actuaron. Lane debía el estar vivo a aquella perfecta coincidencia entre su pensamiento y su acción, que siempre eran simultáneos. Una sola vacilación le hubiera costado la piel desde el primer día en que se decidió a trabajar para el Gobierno.

Se lanzó de cabeza contra un seto.

La ráfaga sonó entonces, taladrando la calma de la noche. El sitio que antes ocupaba su cuerpo quedó materialmente cosido con plomo. Los insectos que se hacían calmosamente el amor entre las hierbas comprendieron muy pronto que da asco vivir cerca de los hombres.

Lane gateó entre los setos.

Estaba ya muy cerca de la casa, y no vaciló. Se metió dentro de la boca del lobo. Todo su cuerpo dibujó un perfecto arco mientras volaba por los aires.

Rompió los cristales de una ventana y se encontró en el interior de la casa.

Sentado en el suelo, Lane miró en torno suyo.

No llevaba más armas que la pistola recuperada después de matar al primer centinela. Vio que estaba en una habitación de elegantes muebles y de rutilantes tapicerías rojas. La decoración recordaba bastante a la de un salón frívolo del 1900. Había espejos por todas partes. Dos puertas de madera clara ocupaban un gran sector de pared, pero Lane no tenía idea de adonde daban.

No obstante, decidió salir.

Sus enemigos sabían una cosa: que él estaba en aquella habitación. Por lo tanto seguir allí era darles todas las ventajas.

Abrió una de las puertas cautelosamente llevando la pistola en la derecha. Vio un elegante vestíbulo, muy bien alfombrado. No se distinguía

a nadie en él.

Era muy posible que la casa estuviera dotada de circuito cerrado de televisión, en cuyo caso le verían avanzar. También era muy posible que le estuvieran apuntando desde el instante en que entreabrió aquella puerta, pero necesitaba correr el riesgo.

Avanzó unos pasos en silencio. Seguía sin verse a nadie. Distinguió la puerta de un cuarto trastero que había bajo el cuerpo de las escaleras y corrió hacia ella.

Cuando la estaba abriendo, alguien disparó desde arriba. La bala rozó la sien izquierda de Lane, haciéndole vacilar. El hombre que estaba en lo alto de las escaleras cambió de posición para disparar de nuevo, ahora sobre seguro.

Aquel cambio de posición fue definitivo. Se situó en el campo que cubría el fuego de la pistola de Lane,

El individuo dio una terrible voltereta, al ser alcanzado en la cabeza. Su cuerpo patinó materialmente por los peldaños, hasta llegar abajo. Lane se pegó a la puertecilla que antes había intentado abrir.

Los ecos de los disparos parecían haberse multiplicado por toda la casa.

El joven comprendió que necesitaba pasar a la ofensiva otra vez, porque de lo contrario le acorralarían. Corrió hacia las escaleras y subió por ellas. Pero lo hizo con la cabeza ladeada, mirando materialmente con un ojo hacia arriba y con el otro hacia abajo.

Eso le salvó la piel, porque de otro modo le hubieran acorralado los dos tipos que aparecieron al pie de la escalera. Alzaron las pistolas casi al mismo tiempo y dispararon cuando Lane se dejaba caer peldaños abajo.

Por debajo del codo, disparó mientras patinaba. Las balas de sus enemigos peinaron la alfombra y terminaron horadando los peldaños de mármol. Unos segundos después, los dos pistoleros se contorsionaban. Alcanzados uno en el estómago y otro en la cabeza, ya no tuvieron fuerzas para volver a disparar.

Lane se puso en pie y siguió ascendiendo por las escaleras a toda velocidad.

Abrió una puerta, en el vestíbulo superior, y casi se tropezó con aquel tipo. Los dos chocaron materialmente mientras lanzaban una maldición. Los dos llevaban sus armas a punto y se dispusieron a usarlas.

Pero Lane era un verdadero profesional del tiro rápido, y el otro no pasaba de ser un matón. La bala disparada casi a quemarropa, contra la mandíbula, hizo saltar materialmente a su enemigo, como un campeón de trampolín que se lanza en posición invertida. Lane comprendió que ya no tenía que preocuparse más de él

Corrió en zigzag por la habitación.

Esta era un despacho envuelto en sombras, y tras la lujosa mesa estilo Imperio se hallaban dos hombres.

No pudo distinguir otra cosa que sus relieves, y aun confusamente. Los dos dispararon contra él.

Los movimientos de zigzag de Lane impidieron que las balas llegaran a su destino. Uno de sus enemigos era un buen tirador, y el plomo rozó la cadera de Lane, haciendo comprender a este que le hubiera dado de lleno caso de no moverse con tanta habilidad. En cambio, el otro era un tirador desastroso. La bala que iba dirigida a Lane por poco descuelga la lámpara del techo. El joven hubo de tirar al bulto, sin perder ni un segundo.

Tuvo la sensación de que rozaba con su bala al más inofensivo, al mal tirador. Este lanzó un chillido e hizo algo que Lane no esperaba: se arrojó por la ventana

El joven no pudo impedirlo.

La verdad fue que tampoco lo intentó, porque tenía que ocuparse del otro, del que tiraba como un diablo. Se lanzó bajo la mesa, y una nueva bala le arrancó materialmente el tacón del zapato. Si llega a estarse quieto le hubiera perforado al menos la rodilla, dejándole inutilizado ante la pistola del otro.

Su enemigo también se arrojó al suelo.

Era un pistolero hábil y que se las sabía todas. Los dos dejaron de verse; Lane adivinó que su adversario estaba detrás de uno de los butacones de cuero.

Decidió jugárselo todo a una carta. Apostó las únicas balas que le quedaban a aquella posibilidad. Con ello también apostaba su vida, pero no lo pensó en este momento.

Los plomos perforaron el mueble, llegando con facilidad hasta el otro lado. Lane oyó primero el gruñido de sorpresa y luego el aullido de dolor de su víctima Nuevamente se pegó al suelo, por si el otro solo estaba herido y pasaba a la ofensiva.

Ya no le quedaban balas en su cargador.

Necesitaba hacerse con una nueva arma, pero por el momento no tenía la menor posibilidad de conseguirla

Si en ese momento alguien llega a abrir la puerta le acorrala. Nada más fácil que atrapar al desarmado Lane en aquellos instantes. Pero nadie abrió.

Lane captó, sin embargo, el sonido de unos pasos

Alguien subía por las escaleras a buena velocidad. En cuanto abriera, Lane estaría perdido.

Por eso se lanzó hacia la butaca que acababa de perforar y la derribó. Eso significaba jugarse la piel de nuevo, porque su enemigo situado detrás podía estar vivo aún y perforarle a quemarropa. Pero lo que rodó pesadamente con la butaca fue un cadáver, un cadáver bien vestido y que llevaba todavía una «German Luger» engarfiada en sus dedos.

Lane le arrebató el arma.

Era tiempo, porque la puerta ya se estaba abriendo.

Una sombra se dibujó en el umbral. Era una sombra que se alargaba con los contornos de una metralleta.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —chilló—. ¡Eh, señor Clifford!

Lane bisbiseó:

—Hay corriente de aire, muchacho. Tendrás que cerrar.

El otro le oyó y giró la metralleta hacia él. Todo su cuerpo sufrió un espasmo.

Lane no le dejó tiempo para disparar. Lo hizo él primero. Las dos balas acorralaron al *gangster* contra la hoja de madera.

Y con el impulso de su cuerpo la cerró. La habitación volvió a quedar a oscuras.

El joven respiró hondamente.

Debía haber otros hombres en las cercanías de la casa, pero nadie se acercaría ya por allí; de eso estaba seguro. Los pistoleros profesionales *huelen* el desastre. Si no lo dieran ninguno de ellos llegarla a viejo, y sin embargo hay muchos que tienen tiempo de escribir sus memorias al cumplir los setenta.

Los que quedaban en la casa debían ser de esa última clase, porque ya no aparecieron por allí. Los vaticinios de Lane se cumplieron exactamente. Apenas unos minutos después, pudo oír el ruido de un coche que huía a gran velocidad.

No le importó, porque en él debían ir tipejos de poca categoría. El pez gordo, o sea Clifford, debía estar muerto dentro de la habitación.

Encendió una de las pantallas, y una luz color dorada llenó el despacho. Pudo ver entonces que en él había una pantalla de radar que no funcionaba en aquellos momentos; había también muchos libros que no habían sido leídos jamás; un mueble bar abierto; dibujos que representaban a chicas en *deshabillée y* bastantes muebles volcados. Entre esos muebles yacían dos cadáveres.

Lane arqueó una ceja, mientras los miraba con detalle.

Uno de ellos era el del hombre al que había exterminado cuando intentaba entrar en la habitación. El otro, del tipo bien vestido al que arrebató la «Luger» de entre sus dedos sin vida.

Quedaba otro, el que fue rozado por la bala y logró salvarse saltando por la ventana. Pero ese le importaba ya poco a Lane; lo que deseaba era convencerse de que, efectivamente, al que había exterminado era Clifford.

El rostro del hombre que yacía crispado bajo el butacón, hizo funcionar su memoria. Viejos recuerdos de Lane volvieron a su mente. Sí, en efecto, se trataba de Clifford. Su rostro había aparecido a veces en las revistas mundanas y en la prensa amarilla (1), a raíz de sus divorcios y de sus escándalos con algunas artistas de Hollywood. Clifford había sido un tipo de los que ganan el dinero en grande, sin necesidad de dar golpe. Y esa

clase de fulanos necesitan llenar su vida con algo.

(1) *Periódicos que existen casi exclusivamente en Estados Unidos y que se dedican a airear toda clase de escándalos, conflictos matrimoniales y financieros, etc., especialmente en el mundo del cine y de la alta sociedad. (N. del A.)*

Pero ahora su vida había terminado. Ahora Clifford estaba vacío por fuera y por dentro.

Por pura rutina, Lane registró los cadáveres y luego la habitación entera. No encontró nada de especial, o al menos nada que se relacionara con él. Clifford tenía en uno de sus cajones los dobles libros de contabilidad de sus negocios y una agenda que estaba llena de nombres de mujeres. También había allí una serie de direcciones de «colaboradores» que debían ser verdaderos agentes ejecutivos y que sin duda llamarían la atención del fiscal del distrito. Y no había nada más que real mente valiese la pena.

Lane supuso que en las otras habitaciones de la casa aún habría menos datos de interés, por lo que desistió de registrar. Además, no podía estar indefinidamente allí porque cabía la posibilidad de que los que habían huido en coche volvieran con refuerzos.

Descolgó entonces el teléfono y disco el número del fiscal del distrito, que recordaba de memoria.

La voz de una secretaria, que no era la misma del día anterior, le respondió. Lane preguntó por el propio fiscal.

—Está ahora ocupado —dijo la secretaria—. Tiene una reunión y ha pedido que no se le molestara.

—Quizá en esa reunión están hablando de mí —dijo Lane—. Y yo puedo ayudarle a que la termine antes.

—¿Por qué? ¿Quién es usted?

—Goddard.

La secretaria lanzó un respingo.

—¿Está bromeando?

—No, no bromeo, muñeca —mascculló Lane—. Y dile a tu jefe que deje de hurgarse las narices y hable conmigo

—Un momento. Pero si bromea lo lamentará.

—Vas a pedir que localicen este teléfono, ¿eh?

—Inmediatamente.

—No te preocupes, yo mismo te daré facilidades. Pienso decirle a tu jefe dónde estoy para que venga a buscarme en uno de esos carricoches pagados por el Gobierno. Pero pídele que se dé prisa.

La secretaria colgó el teléfono de un soporte y se oyó su taconeo mientras se alejaba rápidamente. Lane pensó de un modo maquinal: «Buena chica».

Poco después se escuchaba la voz ruda de un hombre:

—¿Goddard? ¿O es un bromista?

—Parece que le han importunado mucho, fiscal. ¿Qué número hago de los que le han telefoneado hoy?

—El doce o quince. Y ya empiezo a estar harto.

—Le diré algo que le convencerá, fiscal. Yo no soy Goddard, sino Lane.

Se hizo un súbito silencio al otro lado del hilo

Luego la respiración entrecortada del fiscal, que debía haber sufrido una sacudida.

—En efecto, me ha convencido —dijo su voz—. Yo ya sé que Goddard está muerto, pero esa noticia no ha salido de mi oficina. Si usted la conoce también es porque debe ser el hombre que le suplantó.

—Buena deducción, leguleyo —murmuró Lane.

—Usted es el tipo a quien transportaban en conducción ordinaria cuando se produjo el accidente.

—Exacto.

—Tengo su ficha ante los ojos. Está metido en un mal negocio, Lane. Un negocio que hace agua por todas partes. Se ha metido al principio de un pasillo oscuro ¿Sabe lo que hay al final?

—La cámara de los muertos de Sing-Sing, leguleyo

Cuando yo era pequeño y mi abuela quería asustarme, me contaba eso.

—Basta de bromas, Lane. Diga lo que quiere. No sé si se habrá dado cuenta de que se está jugando la piel.

—Por eso mismo, fiscal. Y lo que trato es de salvarla.

—¿Un trato?

—Ujú.

Se oyó un carraspeo al otro lado del hilo.

—Me ha tomado mal el número, amigo. Yo no parlamento con los criminales.

—Muy bien, pues entonces va a tener un trabajo extra. Búsqueme.

Cuando Lane iba a colgar, la voz agitada llegó a través del espacio:

—¡Espere!

—Espero, leguleyo.

—Diga cuál es su precio.

—Tengo dos precios, fiscal. Uno: No debe pasarme nada por lo ocurrido a partir del momento en que descarriló el tren. Acusación sobreseída, ¿comprende? Dos: Yo iba a Nueva York para aclarar algo relacionado con el primer delito que se supone cometí. Deben darme garantías para continuar mis gestiones y probar mi buena fe.

Hubo una vacilación al otro lado del hilo, y luego la voz del fiscal masculló:

—¿Sabe qué le digo, desgraciado?

—Sí: que ya le están doliendo los riñones de tanto reírse.

—Se equivoca. Lo que me duele es el hígado. Y por ese camino no

iremos a ninguna parte, Lane.

—Tampoco irá a ningún sitio por el camino que usted lleva, fiscal. Está tratando de ganar tiempo para que sus esbirros localicen mientras tanto este teléfono. De acuerdo, le sacaré de su error. Estoy a bastante distancia para largarme cien veces antes de que sus gorilas aparezcan. Y ahora ya ha oído mi precio. Si quiere saber lo que estoy dispuesto a darle por él, siga al teléfono; de lo contrario, cuelgue.

El otro no colgó.

Siguió oyéndose desde el despacho donde estaba Lane su respiración un poco anhelante.

—Muy bien… —dijo al fin el fiscal—. ¿Qué ofrece, desgraciado?

—En primer lugar, la piel de Clifford.

—¿Quéeee…?

—Tengo su cuerpo para que lo entierre, y aparte de eso una montaña de pruebas para que enchirone a cuatro o cinco docenas de buitres. Toda su organización criminal le va a caer sola en las manitas abiertas, fiscal. Y todo el mérito para usted, no para mí. Supongo que ese es un buen trago.

—Sí… siga.

—Para el segundo punto me va a ayudar usted. No sé si estará enterado, pero quizá sí. ¿Qué documento muy importante ha sido robado hace poco de los archivos secretos de los Estados Unidos?

—No ha sido robado ninguno.

—¿Y fotografiado?

—Existen ciertas sospechas acerca de… de…

—Siga.

—… Acerca de los planos del último proyectil «Apolo» —se disparó el fiscal—. Es un proyectil especialmente diseñado para llegar a la Luna.

—¿Cuánto pagarían los rusos, o quizá algunas potencias industriales europeas, por ese documento?

—Imaginemos que… más de dos millones.

—No es mal bocado. Perfecto… También eso es suyo, fiscal. He visto el microfilme y lo tengo en mi poder. Puedo dárselo si me garantiza que va a concederme todo lo que acabo de pedir.

Hubo una vacilación al otro lado del hilo.

Al fin el fiscal farfulló:

—De acuerdo… Pero primero quiero ver las pruebas contra los hombres de Clifford.

—Se las dejaré en la residencia de este, en la Happy Day, que usted debe conocer muy bien, aunque nunca haya podido meter los hocicos en ella. Puede leer lo que quiera. Y encontrará también el cadáver de Clifford; lo lamento, pero no ha quedado muy favorecido, el buitre.

—Trato hecho, Lane. En cuanto a garantías, no le doy ninguna. Tendrá que fiarse de mí.

—Las garantías las tengo yo, fiscal. El microfilme llegará a sus manos cuando haya redactado un escrito acusando de todas esas muertes a cualquiera de los hombres de Clifford. Luego se las apaña con el jurado para que no le ocurra nada en cuanto a ese punto. Usted es muy experto en componendas de esa clase.

—De acuerdo, Lane. Acepto sus condiciones. Dígame en qué lugar podemos encontrarnos para hacer el cambio.

—Para eso le telefonearé yo, fiscal. Por el momento confórmese con venir a la residencia de Clifford y pegarle un buen mordisco a un asunto que le hará merecer un ascenso. En cuanto a lo otro, espero; yo mismo concertaré la cita. Y si usted es inteligente sabrá lo que debe hacer antes.

—Sí, claro que sé lo que debo hacer… Aunque tuviera orejas de burro lo sabría. Lane. Tengo que comprometerme con los periodistas; tengo que acusar públicamente, a cualquiera de los pájaros de Clifford, de todo lo que se le atribuye a usted. Una vez dicho eso, ya no podré volver atrás sin hacer el ridículo. ¿Es eso lo que exige, Lane?

—Premio a la inteligencia, fiscal.

Y Lane colgó.

Paseó una larga mirada en torno suyo, por el despacho bien amueblado, por los cuerpos cosidos a balazos, por los libros, por la luz dorada que lo alumbraba y al mismo tiempo lo adornaba todo.

Sabía que nunca más volvería a poner los pies allí.

Sabía que acababa de terminar una etapa de su vida.

Pero no lo lamentaba, porque aquella etapa de su vida era de lo más parecido a una pesadilla.

La «Germán Luger» estaba aún sobre la mesa.

La arrojó de un manotazo lo más lejos que pudo y se dirigió hacia la salida de la casa. Todo era silencio en torno a esta y nadie intentó la menor agresión contra él. Fue sin prisa al lugar donde había dejado oculto el «Triumph». Una vez al volante, rodó a poca velocidad hacia el Norte, hacia el Estado de Massachusetts, saliendo del de Nueva York.

No quería que los hombres del fiscal le echaran el guante en el camino de vuelta.

Era mejor dar un poco de tiempo al tiempo. Dejar que la fruta madurase y cayera ella solita del árbol.

CAPÍTULO XIII

Cuando regresó a Nueva York habían transcurrido ya veinticuatro horas desde que tuvo la conversación con el fiscal del distrito. En ese tiempo la fruta había madurado, cayendo del árbol como él esperaba.

Regresó a Nueva York en tren y en la estación de Boston compró un par de periódicos. Los dos daban una explicación detalladísima de la muerte de Clifford y de la desarticulación completa de su pandilla de buitres.

El fiscal del distrito había hecho declaraciones. Atribuía aquella matanza a un «ajuste de cuentas» entre miembros de la banda y anunciaba su propósito de pedir el procesamiento de dos asesinos llamados Scazzo y Moriarty. El nombre de Lane no aparecía por ninguna parte, y menos el de Goddard.

El joven respiró tranquilo.

El trato iba cumpliéndose. Después de aquello, el fiscal ya no podría volverse atrás.

Previamente, Lane había dejado el «Triumph» en una sucursal de la agencia que se lo alquiló, recuperando la fianza. Y parecía ya un hombre tranquilo cuando regresó hacia el Sur.

Una vez en Nueva York, a donde llegó sin tropiezos, necesitó encontrar un sitio en el que alojarse sin que le pidieran la documentación. Y para eso solo había un recurso.

Se dirigió sobre las once de la noche a un bar de la calle Cuarenta y dos. Todo aquello hervía de bullicio, de animación, de vida. Muchos de los restaurantes en que se sirven casi exclusivamente enormes bistecs a la plancha, aún estaban llenos. El joven buscó con los ojos a alguna muchacha que, a su vez, no tuviera inconveniente en buscar a un hombre como él.

Para eso no hubo demasiadas dificultades. Cuando salieron a la calle, ella murmuró:

—Vivo cerca.

—¿Dónde?

—En la calle Cuarenta. Es un apartamento de mi propiedad.

—¿Estás sola?

—Claro, tonto…

A Lane le importaba un cuerno la chica. Lo que necesitaba era un apartamento tranquilo donde poder pasar la noche sin que dieran con él. Por eso mostró un fajo donde había doscientos dólares.

—Son tuyos sin hacer nada, muñeca.

—¿Quéeee…?

—Me basta con que te vayas a dormir a casa de alguna amiga. Yo he de recibir una visita muy privada en un sitio donde no me encuentren.

—En mi apartamento, ¿no?

—Eso es, preciosa.

—Pues te vas a buscarlo a Panamá. Lo que es mi casa tú no te metes.

Lane añadió otros doscientos dólares al fajo.

—¿Hace?

Ella miró los billetes. Y parpadeó. Y pensó que al día siguiente, si él robaba algo, siempre podría dar sus señas a la policía.

Por otra parte, un tipo que piensa hacer algo malo no da la cara de ese modo. Claro que podía estar guardando las espaldas a otro, pero...

Diablo, quinientos machacantes, uno encima de otro, son quinientos machacantes. Y un refuerzo de esa clase calienta cualquier bolsillo incluso en pleno invierno.

—Toma la llave —dijo—. Pero cuidado con manchar ni un solo vaso, ¿eh? Yo volveré a las tres.

—Es suficiente.

—La llave lleva escrito el nombre del edificio y el número del apartamento. Si te pierdes, peor para ti. Y procura que mañana no te encuentre en uno de los cubos de la basura.

Lane chascó dos dedos.

—Eres mi hada madrina. *Okey,* muchacha. A las dos puedes volver y verás cómo no te he ensuciado ni un cenicero.

Miró la dirección grabada en la llave y se dirigió a pie hacia allí. Diez minutos más tarde se encontraba en un apartamento de dos habitaciones y baño, amueblado con bastante mal gusto. Había en él teléfono, que era lo que más le interesaba en este momento.

Disco el número del *Chronicle.*

Puesto que era un diario de la mañana, a esta hora, las once y media aproximadamente, estaría en plena actividad.

Una voz femenina le respondió:

—New York Chronicle, *dígame.*

—Necesito hablar con el señor Lucius Abram.

—No sé si ha llegado. ¿De parte de quién?

—Dígale que llama Lane.

—Muy bien. Un momento. Veré si está.

Poco después escuchaba la voz un poco intranquila de Abram:

—Lane... ¿cómo se atreve a llamarme aquí?

—Ya sabe que no soy Goddard...

—Claro que lo sé, infiernos. Y también le dije que, cuando me llamara, lo hiciese por medio de...

—Sí, de su redactora de modas. Pero ahora el peligro ya ha pasado, señor Abram. Ya no me persiguen ni como Lane ni como Goddard.

—Mejor para usted. En resumen, ¿qué quiere?

—Verle.

—¿Es necesario?

—Sólo le molestaré esta vez, señor Abram. Después de nuestra entrevista, ya no volveré a importunarle más.

—De acuerdo, ¿dónde está?

—Número 815 de la calle Cuarenta Oeste. Apartamento 41.

—No se mueva; voy allá.

—No me moveré, señor Abram.

Lane colgó el teléfono y se sentó en una de las butacas. Encendió un cigarrillo reflexivamente. ¿Cuántos hombres habrían pasado por allí antes que él? ¿Qué pensaría la muñeca frívola que en estos momentos debía pasear por la parte baja de Nueva York, esperando que fueran las dos de la madrugada?

Lane exhaló una lenta bocanada de humo.

Todo eso carecía de importancia. Esperó pacientemente hasta que unos leves golpes dados con los nudillos en la puerta le indicaron que su visitante acababa de llegar.

Lane abrió.

Abram estaba algo pálido pero conservaba su aspecto elegante de siempre. Aspiró con desagrado el suave olor que parecía desprenderse de las ropas, de los muebles, de las paredes mismas.

—Este es el cuarto de una mujer —masculló.

—En efecto, señor Abram.

—¿Y qué hace aquí?

—No he encontrado un sitio mejor para entrevistarme sin que nos molestaran, señor Abram.

El editor entró.

Su mirada recelosa se clavó en el rostro de Lane.

—Si pretende obtener más dinero, pierde el tiempo, amigo —dijo secamente—. Puestos en según qué terrenos, prefiero decir a la policía todo lo que sé. El chantaje es una de las cosas que más asco me han dado desde que tuve uso de razón.

—No se trata de un chantaje, señor Abram.

—¿Pues entonces de qué?

—Siéntese.

Le indicó una de las butacas, y el millonario tomó asiento. Se le seguía notando incómodo. Miraba a un lado y otro recelosamente, como si estuviera seguro de que aquello ocultaba una trampa que iba a materializarse en cualquier momento.

Pero Lane sonreía tranquilamente.

—Le aseguro que estoy yo solo, señor Abram. Y no llevo ningún arma.

—Aunque la llevara me asustaría muy poco. ¿Qué quiere?

—¿No le gustaría fumar mientras hablamos?

—Ahora no, gracias.

—Fume, hombre… Le sentará bien.

Y Lane arrojó tranquilamente su paquete de cigarrillos hacia el hombre que estaba sentado frente a él.

Lo hizo con un gesto que parecía maquinal, pero que en realidad estaba cuidadosamente calculado. Lanzó el paquete contra el brazo derecho de Lucius Abram.

El gesto instintivo, involuntario, de este, hubiera sido o tomarlo o rechazarlo. En cualquier caso su brazo derecho hubiera reaccionado ante un objeto que volaba hacia él.

Pero el brazo no se movió. Permaneció quieto.

Por la sencilla razón de que Abram no podía moverlo. Por la sencilla razón de que era el brazo de un hombre herido.

CAPÍTULO XIV

Lane apenas parpadeó.

Estaba tan seguro de que aquello iba a suceder que no tuvo ninguna sorpresa. Recogió tranquilamente el paquete de cigarrillos, que había caído al suelo, y luego volvió a mirar a Abram.

Este parecía no haberse dado cuenta de la situación.

Sonrió estúpidamente.

—¿Qué pasa? —farfulló.

—Puede mover el brazo para cosas triviales, señor Abram —murmuró Lane—, para cosas que no exigen demasiado esfuerzo, pero en cambio no puede hacer ningún gesto brusco con él. Crea que lamenté de verdad haber tenido que herirle... haber tenido que disparar contra usted mientras estaba con Clifford.

Lucius Abram palideció mortalmente.

Sus labios temblaron un momento, y también su mano izquierda, pero no así su derecha. Esta parecía totalmente paralizada.

Lane musitó:

—Es curioso, pero no le odio, señor Abram, He dado cien vueltas a lo sucedido y me inspira usted más lástima que ganas de romperle la crisma. ¿Por qué? Ni yo mismo lo sé. Pero tal vez lo sepamos usted y yo cuando me lo explique todo, amigo mío. Desde el principio, desde que murió la señora Wodman.

El editor hundió la cabeza sobre el pecho.

Todas sus fuerzas parecían haberle abandonado. Sus ojos estaban nublados. Lane tuvo la sensación de que, de no estar sentado, hubiese caído a tierra.

—¿Me ha hecho venir para esto? —farfulló Abram.

—Exacto. Para que hablemos.

—No me sacará una palabra.

—¿Cree que trato de hacerle chantaje, señor Abram?

—Sí, eso es.

—Muy bien, pues le demostraré lo contrario. Voy a llamar a la policía. Ante ella diré muchas cosas que a mí también me interesan, seguro. Vaya encendiendo un cigarrillo mientras esperamos su llegada.

Y descolgó el teléfono.

Abram palideció más aún. Su mano izquierda, única que podía mover libremente, se posó sobre la horquilla.

—No lo haga, Lane.

—¿Y por qué no?

—Prefiero entenderme directamente con usted.

—Pues voy a decirle una cosa que quizá le extrañe, Abram. No pienso

hacerle chantaje. Sólo quiero esclarecer la verdad para demostrar mi inocencia, de modo que no admitiré mentiras. Empiece a hablar; empiece a decirme cómo fue lo de la señora Wodman.

Abram rechinó los dientes. Y de sus labios entrecerrados escaparon apenas cuatro palabras:

—Aquella maldita… Tenía que morir.

—¿Morir? ¿Por qué?

—No había modo de entrar en tratos con ella.

—¿Tratos? ¿De qué clase?

Abram lanzó un gruñido.

—Usted conoce ya la existencia del microfilme, seguro.

—Sí, claro que sí.

—Y está enterado de su importancia.

—Puede decidir el resultado final de la carrera hacia el espacio. Sí, muy bien, estoy enterado de eso.

—La señora Wodman no era lo que parecía. Vivía en los mejores hoteles, trataba con las gentes que están arriba. Pero todo eso le servía para una sola cosa hurgar en lo más alto. Un espía que no tenga acceso a los despachos de los personajes, no deja de ser un pobre espía.

—Y ella lo era a lo grande, ¿no?

—Exactamente.

—Muy bien, siga.

—Debo decirle otra cosa: un diario es un buen negocio, pero no tengo dinero. Es decir, no tengo dinero para gastar al ritmo al que estoy acostumbrado.

—¿Y qué?

—La señora Wodman y yo nos conocíamos hace tiempo. Y debía saber que estoy en apuros y que el Consejo de Administración no me permite retirar más dinero de la caja del periódico, porque me hizo una oferta

—¿Qué clase de oferta?

—Verá… Mi situación era comprometida. Debía reponer en la caja del periódico una importante suma que destiné a gastos particulares… ¡ejem! muy particulares. En fin, necesitaba dinero. Por eso la oferta de la señora Wodman me interesó desde el primer momento.

—Pero concrete de una vez. ¿Qué oferta fue esa?

—Un director de periódicos tiene buenas relaciones… Me pidió que la introdujera en el círculo íntimo de cierto directivo de la NASA, la agencia oficial que dirige los programas espaciales norteamericanos. Por eso me pagaría una elevada suma. Yo no tenía que hacer nada más.

—¿Y no sospechó algo extraño?

—¡Claro que sospeché! La señora Wodman obró con una prudencia exquisita, pero yo fui ligando cabos. Llegué a saber tanto de ella que el día que fotografió el microfilme, ese microfilme que valía millones, yo me

enteré. Le dije que debíamos partir ganancias. Todo fue por teléfono, ¿sabe? Ella se irritó, se puso como una loba. Llegó a decirme que los que iban a comprarle el microfilme me liquidarían para eliminar obstáculos.

—Pero usted siguió adelante…

—¡Claro que seguí! Era un asunto de millones y no podía desaprovecharlo. Fingiendo desistir, vigilé a la Wodman. Supe el día y la hora exactos en que realizarían la venta. Era en el hotel Pierre. Ella llevaría el microfilme en uno de sus pendientes de perlas.

—Ahí entro yo. Muy bien, siga.

—Sí, ahí entra usted. Es decir el hombre a quien sustituyó: Goddard.

—¿Por qué le contrató? ¿Por qué le hizo venir a Nueva York?

Abram no vaciló.

Su voz fue casi tajante cuando dijo:

—Necesitaba a uno que cargara con la culpa. Necesitaba una cabeza de turco.

—¿Para qué?

—Le explicaré. Cuando Goddard se ofreció, yo lo contraté enseguida porque era el hombre que me podía resolver el problema: cargar con el asesinato.

—Concrete mejor.

—Yo le hice venir a Nueva York con tiempo suficiente. Encargué al redactor jefe que le diese enseguida, y como primer trabajo, el de entrevistar a la Wodman. El tiempo estaba calculado cuidadosamente, aunque no lo parezca. Yo estaba con la Wodman cuando anunciaron su visita. Simplemente discutía con ella, pasaba el tiempo esperando aquel instante. Pero nadie me había visto entrar a visitarla.

—¿Por qué razón?

—Desde un mes antes el diario tenía una habitación alquilada para sus corresponsales. Lo hice previniendo lo que ocurriría. Yo había ido a visitar aquella habitación; luego me colé hasta la de la Wodman.

—¿Y…?

Abram siguió sin que su voz se alterara. Era una voz opaca, de sonidos algodonosos.

—La maté mientras usted subía, dejé al descubierto el microfilme y me largué a la habitación que le he dicho. Sabía que nadie, excepto usted mismo, tema posibilidad de descubrir el cadáver, y naturalmente el microfilme.

—¿Y si llego a avisar a la policía?

—Sabía que no lo haría.

—¿Por qué?

—Por dos razones. Primera: no buscarse líos. Usted era un desconocido en Nueva York y por tanto un sospechoso en potencia. Segunda: el microfilme. Su instinto periodístico le haría «oler» un gran asunto, quizá

un gran reportaje. Se lo llevaría sin decir nada.

Lane asintió lentamente.

Comprendía que aquel hombre había pensado bien. En efecto, eso era lo que hubiera hecho un periodista y eso era lo que había hecho él, en su falsa personalidad de Goddard, una personalidad que había llegado a formar parte de sí mismo.

No necesitó preguntar nada a Abram.

Este siguió como si el explicar su plan, el confesarla todo, le representara un alivio.

—Luego no me quedaba más que matarle —dijo.

—Pero, ¿por qué?

—Tenía que parecer un suicidio, y así lo ordené a aquellos asesinos a sueldo. De ese modo el cuadro que daba perfecto. El hombre que comete un crimen, luego se arrepiente y se suicida arrojándose desde un tejado La policía archivaría el asunto. Y yo tendría el microfilme para venderlo en lugar de la Wodman. No le hablo de la fortuna que eso significaba para que no se maree se lo aseguro.

Lane tragó saliva.

Aquella parte repulsiva del plan la había explicado Abram sin un parpadeo, sin una señal de arrepentimiento.

Por eso la voz de Lane se endureció al preguntar: —¿Se da usted cuenta de que es un... sucio asesino? —No lo crea. Simplemente, adelantaba los acontecimientos.

—¿Qué está diciendo?

Y con absoluto asombro por parte de Lane, el editor susurró:

—Goddard tenía que morir igualmente.

—¿De... de qué?

—Cáncer. Estaba desahuciado, y él lo sabía. Por eso me pidió en su carta que le dejase realizar la ilusión de su vida: trabajar, aunque solo fuese unos meses, en un gran diario de Nueva York.

—¿Y usted lo admitió porque de todos modos tenía que morir?

—Sí. De esta forma no tenía la sensación de cometer un asesinato. Y hasta procuré alegrar los últimos días de su vida, ya que de todos modos tenía que acabar con él: le envié a casa de aquellas dos muchachas para prepararle una trampa. Cuando vi con asombro que había escapado de ella, dije que le «cuidaran» lo mejor posible. La que no sufre parálisis es bonita, ¿eh?

Lane sintió algo parecido a una náusea.

Con voz ronca barbotó:

—¿Por qué había ella de obedecerle hasta este extremo?

—Porque necesita desesperadamente dinero para salvar a su hermana. Para que vuelva a ser una chica como las otras. Esa especie de milagros son caros, ¿sabe? Y en ese sentido, ella depende de mí.

Lane se llevó una mano a la boca.

Su náusea crecía por momentos; se hacía más inaguantable, más intensa.

—Ella lo intentó —dijo al fin con voz velada—, pero no pudo. Es una chica honrada, es lo que debe ser una mujer. Y ahora más vale que se vaya haciendo idea de cuál va a ser su destino, Abram. Todos sus intentos de asesinato más o menos humanitarios han fracasado. Dio orden de matar a Goddard sin saber que este era ya un cadáver. «¡Matad al muerto!», fue la orden que en realidad dio a sus sicarios sin saberlo. Y ellos fallaron... Lo siento Abram, pero la fiesta terminó hoy. Voy a llamar a la policía.

Y descolgó el teléfono que tenía al alcance de su mano.

Abram estaba mortalmente pálido.

Su mandíbula temblaba de una manera tragicómica.

Y al fin se puso a sollozar.

Sus sollozos fueron lentos, amargos, prolongados. Eran unos sollozos cobardes, pero que llegaron a anegar el corazón de Lane.

Este, al fin y al cabo, no era una estatua de piedra.

Miró a Abram y susurró con voz que al fin y al cabo quería ser alentadora:

—¿Está seguro de que Goddard padecía cáncer? ¿Tiene algún análisis?

—Sí... Claro que sí. Él mismo me lo envió. Casualmente lo llevo encima.

Y tendió a Lane, con mano trémula, una hoja de papel. Lane la tomó y la leyó

No entendía de datos técnicos, pero el resultado estaba claro. Decía: «Positivo». Hubo algo de todos modos que llamó la atención de Lane, además de lo que leía. Era la tensión arterial señalada: solo 10, o sea muy baja, cuando Goddard tenía una tensión de al menos 18. ¿Era posible que aquel análisis fuera suyo?

Y de pronto algo así como una nube negra pasó por delante de los ojos de Lane.

Fue entonces cuando susurró:

—¿Usted se había hecho algún «chequeo» (1) en Los Ángeles, Abram?

(1) *Chequeo es un examen total de un organismo, para buscar posibles enfermedades. (N. del A.)*

—Pues... pues, sí. Y fue por aquellas fechas. ¿Por qué lo pregunta? Luego regresé enseguida a Nueva York. Me lo hice allí, bien lejos porque no quería intranquilizar a nadie, ¿sabe?

—¿Y no le enviaron el resultado?

—No, los muy imbéciles no lo han hecho aún. Pienso reclamarles. No hay derecho. Los muy...

Lane susurró:

—Está usted bajo de tensión arterial, señor Abram. Debería cuidarse.

Y le tendió el documento.

No pudo evitarlo. Su mano temblaba.

Al fin y al cabo, quizá Goddard no llegó a padecer jamás de cáncer. Eso nunca se sabría. Lo que sí era cierto fue que cometieron un terrible error y le dieron el resultado del «chequeo» de otro hombre.

Otro hombre…

Lane se puso en pie.

Una mueca amarga se dibujaba en su boca.

Nada más tenía que hacer allí.

—¿Para qué?

Salió de la habitación ante el asombro de Abram, que no comprendía por qué le dejaba libre.

Lane pensó que viviría dos meses, quizá tres.

Cerró la puerta a su espalda.

Y a pesar de la hora se dirigió a la sección neoyorquina del departamento de justicia. Allí trabajaban toda la noche. Debía aclarar unas cuantas cosas antes de que le devolvieran la libertad.

Una libertad que emplearía luego para ir a ver a dos hermanas. Con una de ellas tenía que hablar largo rato…

Las estrellas de Nueva York flotaban sobre su cabeza.

Lane se introdujo las manos en los bolsillos. Sus labios silbaron una cancioncilla triste.

Y siguió andando.

F I N

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 9 PTAS. Impreso en España